

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

¡ADIOS, MILLONES, ADIOS!



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

¡ADIÓS, MILLONES, ADIÓS!
(M. P. SAVAGE-7)

Colección ¡KIAI! n.° 25
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

20. Coro de ángeles. *Lou Carrigan.*
21. Budokas contra la gripe. *Ralph Barby.*
22. Un castillo en Escocia. *Clark Carrados.*
23. La cripta del dios de Jade. *Curtis Garland.*
24. Lección de supervivencia. *Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-04552-4
Depósito legal: B - 16.796 - 1977

1.ª edición: junio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El reactor «Caravelle» volaba a treinta mil pies de altura y a novecientos kilómetros hora de velocidad, cruzando el Atlántico desde Europa a la América Latina.

Lugar de partida, Suiza; lugar de destino, el cálido y soleado país de Solimar[1].

El aparato volaba al completo en sus clases primera y turista. Suizos en su mayor parte, y también austríacos, alemanes y algún que otro europeo de distinta nacionalidad, formaban un variopinto conglomerado de turistas que se dirigían a Solimar para disfrutar sus vacaciones, contratadas con la Golden Tour Operator.

La compañía de viajes tenía su sede en Zurich. Se atenía a las consignas internacionales y por ello utilizaba un nombre inglés y no francés, italiano o alemán, idiomas que se amalgamaban sin problemas en el bello país de los Alpes, los relojes y las cuentas corrientes secretas en Bancos internacionales.

Todos deseaban llegar cuanto antes a Solimar y allí disfrutar de sus playas, de su calor, de sus precios moderados, de la servidumbre de sus habitantes que tenían un nivel de vida inferior al de aquellos turistas que en su país no eran nada importante, gente media con cultura también media, en muchos casos avasallados por sus superiores en sus respectivos empleos; mas, al viajar a Solimar, se convertían un poco en reyezuelos, por arte y magia de su moneda más fuerte, ansiada por la Hacienda de la nación latinoamericana.

Todos estaban contentos, lo mismo los pasajeros de la clase turista que la de lujo. Aquellas vacaciones, al cambio de moneda, les salían muy económicas. Parecía absurdo, pero por los mismos precios no podían pasar las vacaciones completas en su propio país. Ir a Solimar, incluido el viaje en avión vuelo *Charter,* todo programado por la Golden Tour Operator, resultaba francamente barato y asequible.

Todo marchaba bien, no había ninguna tensión a bordo. Las chicas sonreían a los muchachos; parejas algo más que maduras entrelazaban sus manos en busca de una especie de renacimiento, de un vigor juvenil supuestamente perdido, un vigor que confiaban recobrar siendo acariciados por las aguas templadas de las playas de Solimar.

Sin embargo, todo no era tan risueño; había rostros que

permanecían atentos, rostros que no participaban del ambiente turístico y festivo, rostros que no ojeaban los prospectos que pregonaban las bellezas turísticas de Solimar, las leyendas y costumbres de aquel país donde iban a vacacionar, aquellos libritos de «aprenda el idioma en diez días» y que sólo servían para poner cara de idiota y que nadie entendiera nada.

El operador de radio, con los auriculares bien sujetos, tomaba notas en aquellos momentos. En una cartulina cuadriculada anotaba unos números con rapidez.

Cuando la comunicación de guarismos finalizó, se quitó los auriculares e introdujo la cartulina repleta de números en una máquina que era una especie de computadora electrónica.

Pulsó unos botones en clave y por el extremo opuesto fue apareciendo la misma cartulina, pero escrita por el reverso de los números. El operador dio una ojeada al mensaje traducido por la computadora y frunció el ceño. Se acercó al segundo de a bordo y le entregó el comunicado.

—Bien, siga atento para ir indicando nuestra posición y ruta.

—Sí, señor.

El oficial pronunció unas palabras en francés al oído del capitán de la nave. Este, en silencio, asintió con un movimiento de cabeza.

Con el mensaje en la mano, el segundo de a bordo abandonó la cabina y cruzó por los servicios, al cuidado de las azafatas. Una de ellas le sonrió y el oficial, al pasar justo por detrás de ella, palpó con suavidad toda su anatomía posterior, sin que ella hiciera el menor gesto para evitar la extensa caricia.

En la clase primera había un reservado especial que aislaba a quienes viajaban en él del resto de los pasajeros. En aquel reservado había cuatro hombres, tres de ellos vestidos de forma anárquica, con camisas de flores o saharianas veraniegas, todo muy deportivo y turístico. Por contra, el cuarto individuo vestía como el más impecable *gentleman* de Chelsea.

El hombre que vestía de forma tan elegante no era joven, pero tampoco viejo. Su cabello era de un color rubio grisáceo muy estirado y lacio. Su piel resultaba de un blanco tan extremado que los labios destacaban fuertemente.

A aquel hombre le gustaba el lujo. Lucía tres anillos a cuál más valioso; dos llevaban sendos brillantes de siete quilates cada uno, brillantes de una gran pureza y selección. El tercer anillo estaba en el centro de los otros dos, en la mano izquierda, y era una joya muy especial que parecía ostentar un blasón nobiliario.

En aquellos momentos, acababa de abrir su pitillera de platino, ribeteada con diminutas y chispeantes esmeraldas. Con las puntas de los dedos, con una exquisitez sibarítica, extrajo uno de los largos

cigarrillos que llevó a sus labios.

No tuvo que encender ningún mechero; el hombre que estaba a su izquierda y que vestía una camisa floreada en la que predominaban los azules y amarillos y que, pese a la frívola camisa, se veía muy fornido, le acercó un mechero cuya llama alta y estilizada prendió la punta del cigarrillo.

—Herr Montpierre —interpeló el segundo oficial de a bordo, haciendo un perfecto saludo.

—¿Sí?

—Ha llegado este mensaje.

Herr Montpierre, al que muchos conocían simplemente por el Suizo, tomó la cartulina y la leyó. Alzó después su mirada hacia el oficial de gorra blanca y dijo:

—Dentro de diez minutos exactamente, reduzcan la velocidad por espacio de dos minutos. ¿Comprendido?

—Sí, Herr Montpierre.

El oficial saludó de nuevo, tocándose la gorra de plato, y abandonó el reservado especial; no en vano Herr Montpierre era el propietario de la Golden Tour Operator.

El entrecejo del suizo se frunció ligeramente. Sus hombres sabían que debían trabajar con la discreción acostumbrada.

Por el centro de la doble hilera de butacas avanzó una sonriente azafata de piel pecosa. Se detuvo junto a una de las butacas y se inclinó hacia uno de los viajeros.

—¿Monsieur Jean Nuage?

—Sí, yo mismo.

—Por favor, recoja sus pertenencias y sígame.

—¿Seguir? ¿Es que mi asiento no es el adecuado?

—Se trata de un simple trámite, monsieur Nuage, un control sin importancia.

El hombre se hallaba acomodado en la hilera de dos butacas que quedaba a la izquierda y no en la de tres asientos que estaba en el lado derecho.

—De acuerdo.

El viajero se levantó para recoger un portafolios y un pequeño bolso de mano. Sufrió un ligero resbalón que le hizo inclinarse sobre la mujer joven que tenía como vecina de asiento. Esta notó algo raro, pero permaneció quieta mientras él, sonriente, se disculpaba.

—Perdóneme, soy tan torpe.

—Por favor, monsieur Nuage, sígame.

Cuando se alejó, la mujer joven, de cabellos rubios y labios sensuales, se llevó la mano al pecho. En aquel simulado tropiezo, el viajero había conseguido meterle en el escote un papelito que notó al palparse, sin que nadie lo advirtiera.

La azafata pecosa se hizo a un lado e invitó al turista, con su chaqueta en el brazo, el bolso de mano y el portafolios, a que pasara por delante de ella.

La aeromoza, siempre muy sonriente, hinchó sus pulmones de forma que sus pechos se alzaran. Como el paso era estrecho, el hombre rozó ostensiblemente el casi aparatoso busto, lo que valió a la azafata una sonrisa de agradecimiento por parte de Jean Nuage.

—¿Y bien?

—Pase, aquí hay un caballero que le hará un control.

La azafata corrió unas cortinas rojas, aislándoles del resto del pasaje.

El tal Jean Nuage, un individuo de edad mediana, con sienes plateadas, no vio a un hombre sino a dos. Uno vestía la camisa floreada en azules y amarillos y el otro, una especie de sahariana blanca. Este último era mucho más delgado.

—¿Bien, qué sucede; es algo referente al pasaporte? —preguntó Nuage con ingenuidad.

—Deja el equipaje en el suelo —le ordenó el fornido Paolo, el tipo de la camisa de flores.

—¿De qué se trata, son ustedes policías?

—Tú no te llamas Jean Nuage. ¿Quién eres en realidad?

—No sé de qué me hablan, caballeros —les respondió, forzando una sonrisa.

—Tu nombre no es Jean Nuage, aunque lo diga ese pasaporte falsificado. Tú eres Francesco Etarra.

— ¿Quién ha dicho esa tontería? —preguntó el sorprendido turista que había contratado sus vacaciones con la Golden Tour Operator.

—Hablas muy bien varios idiomas, eres un tipo que vale y es una pena, sí, una pena que te hayas metido en líos —rezongó Arthur Hanker, el de la sahariana blanca.

El falso Jean Nuage retrocedió hacia la azafata. Entonces notó algo duro y contundente entre sus costillas, en la espalda.

—Le estoy apuntando con una pistola —advirtió la aeromoza del opulento busto.

—Está bien, está bien, pero se equivocan...

—Regístralo, Paolo —ordenó Hanker.

El hombre de la camisa floreada se adelantó hacia Francesco Etarra. Le puso las manos encima y comenzó a cachearlo, quitándole la cartera que entregó a su compañero.

Francesco Etarra intentó reaccionar al tiempo que pensaba:

«Aquí arriba no dispararán.»

Propinó un rodillazo al llamado Paolo, un sujeto que tenía el cabello muy negro y rizado. Este encajó el golpe en la cara, casi sin

inmutarse, al tiempo que replicaba golpeando los flancos del prisionero, con sus puños.

La aeromoza vaciló con la pistola, mas no apretó el gatillo.

Paolo volvió a golpear al supuesto Jean Nuage; esta vez le aplicó un doble *shuto-uchi* con los cantos de sus manos, cogiendo entre ambas el cuello de su víctima. Los cantos de ambas manos aplastaron las venas carótidas de aquel hombre que deseaba luchar y defenderse en el reducido espacio en que se hallaban, en la cola del avión; pero él no estaba avezado en las Artes Marciales Orientales como sí lo estaba el fornido Paolo Milano que, de ordinario, pasaba muchas horas en los Dohos donde se entrenaba, especialmente en *Tae Kwan Do,* en el que ya era cinturón negro cuarto Dan.

El turista se derrumbó como un saco.

—Aprisa, quedan tres minutos —apremió Hanker.

La aeromoza seguía con la pistola en la mano, miraba y callaba. El tipo de la sahariana le ordenó:

—Guarda eso y cierra la puerta, habrá descompresión.

—Sí, sí.

Introdujo la pequeña pistola, con silenciador, en un cajón de servicios y después cerró una puerta tras la cortina roja.

Ninguno de los viajeros iba a notar nada anormal, ninguno a excepción de la viajera que conservaba entre sus turgentes senos un pequeño papel que no se había atrevido a sacar.

Introdujeron a Francesco Etarra en un saco de lona lastrado con arena y que cerraron por encima de la cabeza de la víctima. Después, Arthur Hanker abrió una especie de caja y pulsó un botón rojo.

Notaron que la presión descendía en aquel compartimiento estanco. Rápidamente se colocaron mascarillas de oxígeno que estaban conectadas a un tubo del techo mediante tubos de plástico.

El avión aminoró su velocidad, la presión descendió y el frío entró, pese a la calefacción.

La aeromoza notó que sus manos y su rostro se helaban, pero accionó una palanca y en el aire comenzó a abrirse la puerta de la clase turista, es decir, la que estaba en la cola del «Caravelle», casi debajo del timón.

Arthur Hanker hizo una seña a Paolo Milano y éste empujó con el pie el saco en el que iba encerrado un hombre. El saco se desprendió del aparato cayendo al vacío sin que nadie lo viera. Estarían a diez mil metros de altura y abajo, el océano con mar arbolada.

La azafata volvió a colocar la palanca adecuadamente. Se cerró la puerta y quedó oculta la escalerilla para la clase turista. Se restableció la presión del compartimiento estanco y la calefacción, puesta al máximo, devolvió el calor y el color a sus rostros y manos.

Respiraron tranquilos; dejaron en sus respectivos lugares las caretas de oxígeno y abrieron la puerta que los viajeros no habían podido ver, ya que estaba tras la cortina de plástico rojo.

—¿Hacía falta matarlo? —preguntó la chica pecosa.

—Las órdenes hay que cumplirlas, encanto, y sin hacer preguntas —rezongó Paolo Milano.

El reactor recuperó su velocidad y prosiguió el viaje sin que nadie notara siquiera una vacilación, la horizontalidad se había mantenido en todo momento.

Todo era normal y seguían en ruta hacia Solimar; así lo estaba comunicando el operador de radio a la torre de control que aguardaba su llegada.

Solimar, el paraíso vacacional para los europeos de monedas fuertes, aguardaba con sus playas soleadas, sus grandes empresas hoteleras, *nights clubs,* alcohol, juego y hasta drogas, si podían pagarlas.

Todo aquello que esperaban encontrar los turistas en Solimar no era lo que preocupaba al suizo Herr Montpierre, todo estaba garantizado y hasta asegurado, incluidas las horas de sol que a muchos de aquellos hombres y mujeres les iba a dejar la piel llena de rojeces y ampollas dolorosas, hasta quemaduras de segundo grado. No, a Herr Montpierre le preocupaban otras cosas que llevaba *in mente.*

Se limitó a interrogar con la mirada, apartándola del *Playboy* donde aparecía un retrato del presidente norteamericano, mostrando sus dientes y aquella fotografía no era la única que había en la misma páginas.

—Arreglado, Herr Montpierre —dijo Arthur Hanker.

—Bien. —Observó su reloj electrónico de cristales líquidos; pulsó un botón y aparecieron los números—. Dentro de una hora y diez minutos tomaremos tierra en Solimar.

CAPÍTULO II

Toda la pista polideportiva del Glass Palace Sport de la capital de Solimar, estaba cubierta por un gigantesco *tatami* que ocultaba el parquet de gran calidad sobre el cual solían jugarse los partidos de baloncesto y balonmano.

En el centro, con franjas adecuadas, estaba marcado un *tatami* de las medidas reglamentarias; sin embargo, se practicaba Judo en todas partes, no se respetaban los márgenes del *tatami* de reglamento perfectamente delimitado. Aquel *tatami* gigante había sido construido e instalado para que el máximo de personas pudieran practicar, al estilo de los grandes Kodokanes de Tokyo, Kyoto u Osaka.

Calentando músculos, haciendo prácticas, aquellos judokas repetían una y otra vez las técnicas en que se habían especializado. Allí estaban los cinturones negros seleccionados en todo el país y del numeroso grupo, pues pasarían de las cuatro docenas, serían seleccionados un máximo de doce para constituir el equipo nacional que habría de representar a Solimar en la gran Olimpíada.

Moses Pacific Savage había sido invitado a presenciar e incluso autorizado a dar sus opiniones acerca de aquella preselección, aunque sus comentarios en ninguna forma pudieran adquirir oficialidad, ya que Savage, entre otras cosas, no era ciudadano de Solimar.

Directivos, entrenadores, maestros de aquel deporte olímpico que era el Judo, estaban llegando al Glass Palace Sport para ocupar las butacas desde las cuales se dominaba el gran *tatami.*

El presidente de la federación de Judo de Solimar había hecho que M. P. Savage tomara asiento justo delante de él. No podía quitar el privilegio de las butacas de derecha e izquierda, reservadas para autoridades. Savage tenía que pasar como desapercibido delante del presidente que se había interesado en que Savage emitiera su opinión con respecto a la preselección.

La mayoría de los asistentes, incluidos los periodistas, tenían listas de los judokas, de sus palmarés particulares y de las categorías de peso en que participaban.

Juanito Chancleta y Ricky, ambos amigos y colaboradores de Savage, habían ido tomando posiciones con una filmadora provista de teleobjetivo y super-zum, capaz de obtener primerísimos planos hasta del brillo de las pupilas de un judoka en dificultades.

También estaba dispuesta la cámara fotográfica «Nikkon» para

recoger instantáneas. Savage pensaba hacer un reportaje de aquella preselección, era un reportaje por encargo y para la promoción del deporte en el propio país.

M. P. Savage tenía muy definido en su mente cómo debía realizarse aquel reportaje encomendado por la propia federación para luego pasarlo a todos los medios de comunicación en la forma más abierta, veraz, interesante y con mayor poder de captación.

No quería que el reportaje se basara en la competición sino en la práctica del deporte en sí, en la autodisciplina y la propia superación. No se trataba de formar peleadores callejeros; desgraciadamente, había gimnasios que sí los preparaban con estas técnicas y sin el *Do***2**.

Había que adiestrar muchachos capaces de sentir el máximo respeto hacia sus semejantes M. P. Savage no solía aceptar el encargo previo de reportajes periodísticos o para la televisión, mas como se trataba de promocionar el Judo, había aceptado, sería un buen medio para ir hacia una juventud más sana, espiritual y físicamente, una juventud que sabría saludar con gran ceremonia y cortesía al adversario, estimarlo, respetarlo y jamás convertirlo en un enemigo.

Aunque a M. P. Savage no le convencían totalmente las competiciones, admitía que la competición entrañaba una enseñanza, pues los adversarios, vencedor y vencido, sabían respetarse y saludarse.

Todos los jóvenes que se hallaban en el gran *tatami* practicaban con vivo entusiasmo. Todos querían representar a su país en la Olimpíada, para ellos constituiría un gran honor entre otras cosas, pero había que escoger a los mejores porque, después de todo, la Olimpíada Mundial no era exhibición, sino pura y llana competición.

Cada nación quería demostrar que sus hijos e hijas eran los mejores y conquistar las soñadas medallas de oro, plata y bronce significaba demostrar la superación sobre todos los demás, pero siempre con *fair play* y el más elevado grado de nobleza.

A través del sistema de megafonía del palacio polideportivo, se dieron las instrucciones para iniciar la competición para la selección de los mejores. Los respectivos *judogis* que vestían cada uno de los judokas allí concentrados llevaba un número bien visible a la espalda que servía para identificación.

Cuando el presidente de la federación de Judo le había dicho: «Ahora sabremos quiénes son los mejores para que nos representen», Savage había respondido:

—No será fácil averiguarlo. Ganar un combate no significa ser mejor que el adversario, puede haber un momento de nervios o unas posibilidades de técnica que, mejorándolas un poco, al perdedor le hagan superior a su ganador que quizá ha tenido un poco de suerte y ha actuado al máximo de sus posibilidades.

—Sí, claro, hay que admitir que los vencedores de hoy es posible que no sean los mejores de la Olimpíada.

Se iniciaron los combates, que se fueron sucediendo en las distintas categorías.

—Son buenos, ¿verdad, Savage? —le preguntaba el presidente González.

—Sí, hay que admitir que los que llegan a la final son bastante buenos —respondió Savage con prudencia, sin entusiasmo.

Debía admitir que eran buenos, pero había demasiada desigualdad entre los mejores y sus compañeros; ello indicaba que el promedio no era alto y si tenía que reflejar la calidad media de los practicantes en toda la nación, ésta sería más bien baja. Savage comprendió que la campaña de captación de judokas mediante unos buenos reportajes era indispensable. Debía aumentar el número de practicantes y de la verdadera masificación del deporte surgiría la auténtica calidad, la calidad en cantidad y no singularidades que no podían ser representativas de los demás jóvenes de la nación.

M. P. Savage buscaba en su mente la forma de hacer un reportaje que no resultara híbrido, desangelado; aquel reportaje debía interesar y lograr nuevos judokas en la nación.

A lo largo de los combates se fueron seleccionando los mejores judokas en las distintas categorías y todos los que tenían listas iban colocando puntuaciones. Al cabo de unos días, conociendo los resultados de los combates y el cómputo de puntuaciones otorgadas por todos los que tenían el derecho y el deber de llenar aquellas listas, se obtendría la selección definitiva que viajaría a la Olimpíada representando a Solimar.

M. P. Savage observaba a distancia a Juanito Chancleta y al japonés Ricky que iban tomando material filmado y fotográfico. Mucho de aquel material, casi un noventa y cinco por ciento, no serviría; había que escoger y seleccionar muy bien para hacer un buen reportaje.

Savage, que tanto y tanto sabía del mundo de las Artes Marciales Orientales, se interesó especialmente por el combate final de todas las categorías que se llevaba a cabo entre un judoka del peso pesado y otro del semipesado, más ágil pero obviamente con menos fuerza.

En la técnica del Judo era muchísimo más importante la técnica que la fuerza, aunque ésta tampoco se podía despreciar si quien la poseía era un judoka, como lo era el japonés Ricky, que medía dos metros diez centímetros de estatura y pesaría por encima de los ciento ochenta kilos, lo que le convertía en un auténtico gigante, extremadamente peligroso si era atacado, porque Ricky jamás atacaba.

El combate entre los dos judokas de Solimar resultó emocionante.

El más joven y menos pesado trató de conseguir un *ippon* atacando con un *De Ashi Barai.*

El peso pesado supo zafarse evitando el derribo con el barrido de pies que le imponían, mas el joven judoka, ansioso de vencer al peso pesado, aprovechó un ligerísimo desequilibrio de su adversario.

Giró sobre la punta del pie derecho y adelantó el izquierdo alzando la cadera al tiempo que halaba del *judogi* y el brazo de su adversario, aplicándole un *Kubi Nage* de caderas. Mas, el *tatami*, por un excesivo número de combates, no se hallaba escrupulosamente limpio, había sudor; el caso es que el joven judoka no sujetó bien su pie sobre la lona del *tatami* y no consiguió el *ippon* que buscaba, sólo un mate.

Su adversario, más experto en la lucha en el suelo y favorecido, también por su peso, en la caída de ambos supo aproximársele con rapidez, colocando su cuerpo sobre el joven judoka.

Le aplastó de espaldas al suelo, sujetándole el kimono por detrás del cuello al tiempo que halaba del cinturón en una inmovilización. Así, pasó el tiempo reglamentario y hubo un aplauso cerrado para el vencedor. El campeón del peso pesado se había convertido en vencedor de todas las categorías.

—¿Qué le ha parecido, Savage? Es un magnífico campeón, ¿verdad? —le preguntó el presidente de la federación, satisfecho.

—Es un buen judoka, pero el que ha perdido es mejor.

—¡Si ha ganado el peso pesado!

—No obstante, opino que tiene más posibilidades el perdedor. El *tatami* no es muy reglamentario y, por otra parte, si las técnicas las realizara con un poco más de pulcritud, tendrían ustedes en él a un excelente judoka.

—Su adversario es el vencedor, eso es lo que más puntuará; claro que ese muchacho irá como campeón en su propio peso, aunque no en todas las categorías.

—Esa decisión no la tomen tan pronto, si acepta considerar mi opinión.

—¿Cree usted que ese muchacho es muy bueno?

—Estimo que es el mejor que tienen ustedes; es más, si he de seguir haciendo ese reportaje para la promoción del Judo en su país y captación de nuevos judokas, me gustaría tomar a ese joven como ejemplo y para fotografías especiales.

—¿No sería preferible escoger al vencedor?

—Para mi reportaje, no. Se llama Celaya, ¿verdad?

—Exactamente, Celaya, y si usted opina que es el más representativo para el reportaje, lo pondremos a su disposición.

—Ese muchacho tiene madera. Si conseguimos realzar un poco su imagen, muchos, en este país, querrán ser como él y eso es lo que

capta adeptos y practicantes. Luego, en cada *doho,* el *sensei* correspondiente es el que pone los puntos sobre las íes.

—Está bien; Celaya quedará a su disposición y si tan bueno le parece, no estaría de más que lo puliera un poco. Todos sabemos de su alto grado en varias de las Artes Marciales Orientales, hasta el punto de que algunos le llaman *Star-Budoka.*

—Yo no practico nunca la competición oficial, presidente González, no busco triunfos ni medallas, pero comprendo que la sociedad siempre busque a los mejores. Hable con ese muchacho, dígale que si desea ser un buen budoka, yo realzaré su imagen, pero que deberá someterse a unas cuantas disciplinas. Me gustaría llevármelo, para ponerlo en manos de los mejores *senseis* que conozco, pero comprendo que no hay tiempo y yo haré de *sensei,* dentro de mi modestia.

—¿Habla de modestia? Usted es un gran maestro.

—No, yo no soy un buen maestro, el buen maestro es el que me enseñó a mí; no obstante, prometo hacer todo lo que esté en mi mano y eso, sin duda alguna, ayudará a que el reportaje sea un éxito.

—Eso esperamos todos.

El presidente de la federación de Judo atendió a varios de sus invitados. Después, personalmente, fue a felicitar al campeón de todas las categorías. Habló con el entrenador jefe de la selección y terminaron por presentar a Celaya al joven reportero M. P. Savage, un hombre de cabello lacio, recio y negro peinado al estilo oriental. Era difícil precisar la raza del periodista de mirada franca y pupilas intensamente verdes; sin embargo, no se podía decir que fuera mestizo de nada.

—Te pondrás a las órdenes del señor Savage para hacer un reportaje de promoción y captación del Judo en nuestro país.

Los ojos del joven Celaya brillaron de admiración. Al fin, el presidente se retiró, dejándolos solos en un ángulo del palacio de deportes.

—¿De veras es usted Savage?

Savage sonrió. No deseaba que le admirasen, pero comprendía que ello ocurriera, pues se tejía una especie de leyenda en torno suyo.

—Sí, yo soy Moses Pacific Savage, un hombre que nació en un lanchón en medio del Océano Pacífico, una balsa neumática caída de un avión militar de las fuerzas armadas norteamericanas que transportaba mujeres gestantes, desde Japón a Estados Unidos.

Entre esas mujeres iban blancas, caucásicas y japonesas; sin embargo, hasta ahora no se sabe quién fue, exactamente, mi madre. Ella desapareció en el océano después de darme a luz; posiblemente el sanitario que me ayudó a nacer debió arrojar su cadáver al mar. En fin, ¿qué importa todo eso? Moses, el que nació en las aguas; Pacific,

el que vio la luz en el Océano Pacífico y Savage, por mi rebeldía en aceptar unas normas hipócritas y segregacionistas de los que se creían superiores por conocer a sus padres blancos. Sí, ése soy yo.

—Había oído contar muchas cosas de usted, Savage.

—Trátame de tú.

—¿Es cierto que existe Liberty Garden?

—Sí, existe Liberty Garden. Allí hay excelentes budokas, pero sobre todo, excepcionales muchachos y muchachas que no huyen del mundo, sino que se preparan para vivir en el mundo y ayudar a hacerlo un poco mejor, a defender al ser humano contra los déspotas demagogos, mafiosos criminales, corruptores e imperialistas colonizadores. En fin, una vasta y extensa ralea que se amalgama para arruinar nuestro querido planeta y someter a la gran masa de seres humanos, que son las víctimas, de esos pocos. Hay mucho lucro y mucha ambición detrás de todo lo que oprime y asfixia al género humano.

—¿Es verdad que conoces varias de las Artes Marciales Japonesas y también *Kung-Fu?*

—Sí, pero de eso no hablemos ahora, seguramente practicaremos un poco. Me gustaría que perfeccionaras un poco más tu Judo, tienes madera de budoka al más alto nivel. A mí no me gusta emplear la palabra *campeón;* no hay que tratar de ser el mejor, sino que todos podamos ser mejores.

—Me gustaría mucho estar junto a ti, Savage.

—Entonces, te presentaré a mis amigos y compañeros, Ricky y Juanito. ¡Eh, venid!; os voy a presentar a Celaya... Será nuestro compañero durante unas semanas.

Ricky y Juanito se acercaron, estrechando la mano de Celaya y dedicándole unas reverencias.

—Señor Savage...

Se volvió. Cerca de él había un hombre que tendría casi los cincuenta años, con escaso cabello y un frondoso bigote. Su piel estaba muy tostada por la exposición al sol. Era un individuo de mirada profunda, inteligente.

—¿Sí?

—Soy Felipe Romerales.

—¿Felipe Romerales, Felipe Romerales? ¡Ah, sí!, usted dirige una revista revulsiva y conflictiva en este país, ¿verdad?

—Sí —sonrió, en cierto modo halagado, pues era una auténtica lisonja que un *free-lance* de tanto renombre en todo el mundo como Savage, hubiera oído hablar de él—. A nosotros también nos gustan los reportajes denuncia, los reportajes *vérité.*

—Magnífico, así coincidimos. Ahora, vamos a comer nosotros cuatro, ¿quiere usted ser tan gentil de acompañarnos?

—Sí, claro que sí, pero antes quisiera hablarle de algo importante.

—Pues, adelante, hable.

Romerales observó a los demás dubitativo, con cierto recelo. Savage, sin mirar a sus amigos, dijo:

—Confío tanto en ellos como en mí mismo; son mis compañeros, mis hermanos en este mundo.

—Pero, el muchacho…

—¿Se refiere a Celaya?

—Sí.

Miró al joven judoka que vaciló, haciendo ademán de retirarse. El propio Felipe Romerales se sintió a disgusto y puntualizó:

—Es que tengo que contarle algo muy grave que ocurre en nuestro país y que puede ser muy conflictivo, es decir, puede haber muchos problemas. Ya sabe, gente poderosa que busca medios sucios para tapar sus negocios no menos sucios.

—Celaya… —Savage miró al joven judoka.

—Ya, ya nos veremos luego —dijo el muchacho.

—¡Oh, no! Sólo quería preguntarte: ¿Si tú cometes un delito en este país, las leyes te encerrarían en la penitenciaría con los demás presos comunes?

—Sí, claro, ya tengo veinte años.

—En ese caso, también estás capacitado para escuchar los problemas de tu país. Tienes el derecho y el deber de arrimar el hombro para solucionar los problemas de tu patria.

—Sí, claro que sí —aceptó el propio Celaya.

—¿Está usted conforme, señor Romerales, en contar lo que sea delante de un joven de su país?

—Bien, lo decía porqué, después de todo, puede ser muy complicado. Muchacho, yo no te meto en esto; si escuchas, será por tu voluntad. Si luego hay problemas, muchos problemas, no abras la boca ni para llorar.

—Descuide, señor Romerales. Si hay que callar, yo seré una tumba.

—¿Por qué no charlamos alrededor de una mesa bien servida? —propuso Savage.

CAPÍTULO III

La comida la estaban llevando a cabo en un reservado de un restaurante oriental de la capital de Solimar.

Las dos ágiles camareras, que no eran chinas, pero que se peinaban y maquillaban sus ojos para parecerlo, por lo menos, miraban espantadas a Ricky, el gigante japonés de los dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, que devoraba las escudillas con una rapidez asombrosa. No usaba los palillos orientales, sino que comía con cuchara occidental. En realidad, cada uno de los platillos lo convertía casi en una cucharada.

M. P. Savage, que lo conocía bien, estaba acostumbrado a verle comer con tanta abundancia; no en vano Ricky era un gran *sumotori* y, para no adelgazar, consumía proteínas en abundancia pero no grasas. Ricky no estaba gordo de grasa, sino bien repleto de carne dura que le convertía en un gigante, campeón de la lucha nacional japonesa que era el *Sumo*.

—Lo siento, Romerales, pero yo no puedo inmiscuirme en un problema tan particular, de gente de su propio país. Son ustedes mismos quienes han de resolver esos casos. Hay mucho de político en lo que me cuenta y yo no me inmiscuyo en cuestiones políticas de los países en que no tengo derecho a votar, es decir, en todos menos en el mío propio, que como sabe es Estados Unidos de América.

—Tenemos una fuga de capital que es sangrante, Savage. Todo el mundo sabe que el gobierno que hemos tenido hasta ahora se tambalea por unas razones que no es preciso enumerar. Quienes nos han venido gobernando durante años y años han llegado a la vejez, su ciclo termina, y los que se han enriquecido gracias a la corrupción que ha imperado en nuestra patria, tienen miedo de que se les pidan cuentas. Hay un ligero pánico entre los altos gerifaltes, el pueblo pide justicia, más igualdad, y todo esto llegará, peor o mejor, pero llegará, porque todo el mundo va hacia lo mismo. Hay que repartir mejor los bienes del hombre, entre los hombres.

—Eso es un programa político que me parece excelente, pero ya le he dicho que yo no me inmiscuyo en los problemas políticos de otro país que no sea el mío y nada, absolutamente nada, tengo que ver con la tan traída, llevada y conflictiva CIA.

—Hasta ahora sólo les he contado que mi país padece la fuga de capital, un capital que, con el cambio político que se avecina, hará

falta para inversiones, para equipamientos, para infraestructuras que no se han llevado a cabo en los años en que debieran realizarse. Le aseguro, Savage, que no soy ningún extremista; no pido ninguna confiscación de bienes, pero sí justicia, y en nuestras leyes está tipificado el delito de la fuga de capital, dinero que en Suiza se transforma en otras divisas. Después, nuestra propia moneda se viene abajo en la Banca comercial e internacional y, poco a poco, nos vamos hundiendo, porque miles de millones parten hacia Suiza cuando hacen falta aquí, en Solimar, para que haya situación de pleno empleo, para que nuestro país prospere y se haga fuerte, sin dependencias extranjeras.

—Usted me cuenta un problema que no es único. Solimar padece esa fuga de capital como otros países; hay mucha gente que se lucra explotando al prójimo y luego, ese dinero que ni siquiera podría consumir gastándolo a manos llenas, se lo lleva a otra parte y deja sin trabajo a los que no tienen ni para comer.

Eso es un delito execrable, yo pienso lo mismo que usted, pero insisto en que es un problema de ustedes, un problema que deben resolver usted, Celaya y todos sus compatriotas. Tengo noticias de que la policía practica efectivos registros en las fronteras.

—Sí, hace unos registros con los que consigue detener a estúpidos y pequeños capitalistas que se llevan unos pocos millones. Yo sé que los aduaneros trabajan con sinceridad, pero no son esos capitalistas que se llevan su pequeña fortuna, asustados o para imitar a los poderosos, los que me preocupan; no, a mí y al país, lo que nos interesa son los grandes capitalistas y a esos no los atrapa nadie. Entre los doce apóstoles hubo un Judas. Compréndame, si una alta jerarquía de la policía se involucra en esos delitos, puede favorecer mucho a sus protegidos.

—Sí, y suele suceder; no obstante, insisto en que son sus problemas concretos, sus leyes, sus jueces, su policía y sus delincuentes de cuello duro y yate.

—Usted Savage, pensará que puedo escribir en mi revista criticando la fuga de capital; pero eso es algo tan conocido ya en la calle, que si no se dan nombres, pruebas, algo que deje este sucio *affaire* al descubierto, es completamente inútil.

—Es misión de sus reporteros buscar lo que la policía encuentra, siempre, como es lógico, evitando pisar un terreno que le sea vedado.

—Todo lo que le he dicho, hasta ahora, ha sido para ponerle al corriente de lo que ocurre ahora le diré más: Mi mejor reportero ha desaparecido.

—¿Investigaba el asunto de la fuga de capital?

—Sí.

—¿Lo ha denunciado a las autoridades?

—La desaparición ha ocurrido fuera de la competencia de las autoridades de Solimar y puesto que usted precisa un *affaire* internacional para que todo el mundo conozca este sucio asunto, le explicaré lo que yo sé hasta ahora.

—Bien, le escuchamos.

—¿Ha oído hablar del Suizo?

—Bueno, hay muchas cosas, restaurantes, hoteles, chalets, barquitos, etcétera, con el sobrenombre del Suizo —objetó M. P Savage tomando aquella revelación como exageradamente ambigua.

—¿Ha oído hablar de Herr Montpierre?

Esta vez, Savage sí se irguió en la silla, dejando de comer.

—¿Herr Montpierre ha hundido sus zarpas en Solimar?

—Sí. Sabía que, nombrándole, le interesaría.

—Siempre he tenido ganas de denunciar a ese tipo… Es un sujeto protegido en muchos países; él provoca las fugas de capital. Ostenta la representación oficial, aunque secreta, de varios Bancos suizos. El garantiza las fugas de capital y previo convenio de sus comisiones, deposita los millones que se evaden de los países con problemas, en las cuentas cifradas de los Bancos suizos. A ese sujeto, muchos lo apodan *el proxeneta de los millones.* Sé que también se encarga de recibir importantes cantidades en la moneda de un determinado país que él transforma en divisas distintas. Eso ha ocurrido en varias ocasiones, cuando el sujeto que ha negociado con él se ha enterado anticipadamente de una devaluación de moneda. De este modo, obtiene una ganancia rápida y fomenta la devaluación de las monedas. Es un ladrón de altos vuelos que maneja ingentes cantidades de millones y tiene protectores poderosos en muchos países. Por culpa de tipos como Herr Montpierre, pequeños países se arruinan y pierden el crédito internacional mientras unos pocos de sus ciudadanos se lucran fabulosamente y pueden ir a Montecarlo a jugar a la ruleta o a Las Vegas a ver cantar a Frank Sinatra. ¿De veras está seguro de que en este *affaire* que me cuenta anda metido Herr Montpierre?

—Sí. Mi reportero había empezado a investigar para realizar un reportaje-denuncia, ya sabe, de esos que son tratados como infames calumnias cuando, en realidad, exponen verdades como puños. Francesco Etarra venía con nombre falso en un vuelo *Charter* para turistas; yo le esperaba en el aeropuerto, pero Francesco Etarra no ha descendido del aparato.

—Quizá perdió el vuelo —objetó el joven Celaya que había permanecido callado hasta aquel momento.

—Tengo informes fidedignos de que no perdió el vuelo. Desde Zurich me llamó un colega comunicándome que Francesco Etarra había subido al avión y que el reactor

«Caravelle» había partido con él dentro; pero Etarra no ha llegado a Solimar. ¿Usted comprende, Savage?

— ¿Está seguro de que no pudo descender del aparato sin que se diera cuenta?

—No, conozco muy bien a Francesco Etarra, es mi ahijado.

—Ya. ¿Ha podido revisar el aparato?

—No, tiene vigilancia, no dejan acercarse a él por motivos de seguridad antiterrorista. Ya sabe usted como están todos los aeropuertos del mundo con la vigilancia por tanto terrorismo y piratería aérea como hay.

—No obstante, podría estar en el aparato —le observó, ahora, Juanito Chancleta, que era el reportero gráfico que acompañaba a Savage.

Era un puertorriqueño de apenas metro y medio de estatura y tan sólo cincuenta kilos de peso, pero con una fabulosa agilidad que le permitía encaramarse a cualquier parte por difícil que fuera, para tomar película en los lugares más inverosímiles.

En varias ocasiones, se había subido sobre los hombros del gigantesco Ricky y, desde lo alto, había tomado filmaciones mientras el japonés iba de un lado a otro buscando los mejores lugares.

—Tengo un amigo policía en el aeropuerto, nada de sobornos, simplemente un amigo —puntualizó Romerales—. Le he mostrado las señas personales de Etarra y me ha asegurado que dentro del «Caravelle» no estaba, que podía darlo por seguro. La policía registra el aparato por normativa.

—Y si partió de Zurich y no ha llegado a Solimar, ¿dónde está? —preguntó el joven Celaya, con ingenuidad.

—Ha debido de perderse por el camino —suspiró Felipe Romerales.

—Si ha desaparecido en vuelo, hay que pensar en la colaboración de los pilotos — observó M. P. Savage—. Recordemos que se trata de un reactor cuya ruta comercial se halla a treinta mil pies de altitud y a una velocidad de novecientos kilómetros hora, de modo que si lo han hecho saltar, ha tenido que participar la tripulación.

—El aparato pertenece a la Golden Tour Operator, una compañía de viajes que trae turistas a Solimar, turistas suizos de diferentes cantones y lenguas. Los hay germánicos, italianos y franceses, me refiero a la lengua e incluso a sus peculiaridades —explicó

Felipe Romerales.

— ¿La Golden Tour Operator, dice?

—Sí.

—Esas compañías de *tour operators* aparecen y desaparecen; son

empresas que ponen rumbo a lo que salga. Captan gente con deseos de vacacionar y los empaquetan hacia los países que mejores intereses produzcan a sus negocios. Algunas compañías de esas prosperan, otras quiebran y algunas son tapaderas de otros asuntos.

—La Golden Tour Operator es una tapadera para facilitar la fuga de capitales de mi país y el suizo Herr Montpierre es el propietario de ese *tour operator.*

—Interesante, muy interesante, señor Romerales; ahora sí me interesa este reportaje. Si Herr Montpierre quiere lucrarse a costa de la fuga de capitales de los países con problemas, le daremos batalla.

— ¿Te acuerdas de que tenemos que realizar el reportaje sobre el Judo para este país?

—le recordó Juanito Chancleta.

—Sí, no lo olvido y los realizaremos los dos al mismo tiempo. ¿Puedo colaborar con usted, señor Romerales?

—Nada me complacería más, si puedo publicar en mi revista ese reportaje o parte de él.

—Naturalmente, usted ha levantado la liebre. Ahora, tiraremos de la manta para que queden, con el culo al aire quienes corresponda y así los vean en todo el mundo; pero, lo más importante para mí es terminar con Herr Montpierre, el hombre que se enriquece con las cuentas cifradas de los Bancos de Suiza, adonde va a parar el dinero que se evade de los países con problemas. Ese indeseable favorece a unos pocos, obteniendo grandes comisiones, y hunde en la miseria a pueblos enteros que se quedan sin trabajo. Es posible que haciendo la guerra a Herr Montpierre cortemos esa hemorragia de millones que padece Solimar y quienes se llevan el dinero recapaciten y piensen que es preferible invertir aquí que guardar su dinero en Suiza.

CAPÍTULO IV

Un gran «Dodge» blindado se detuvo trente a la gran verja de acero que brillaba por la pintura de oligisto con que se hallaba recubierta.

Dos vigilantes armados, tras controlar a dos grandes mastines negros, franquearon la verja. El «Dodge» reanudó la marcha por la cinta de asfalto que se adentraba en la gran finca.

No se veía casa alguna, aparte de un habitáculo de piedra pegado al muro y que servía de refugio a los guardianes. Existía como una franja de terreno libre, de unos diez metros de ancha, desde el muro a los primeros árboles, un espacio cubierto de hierba por el que se podía extender la vista, descubriendo cualquier cosa o animal que allí quedara. Luego, estaba el bosque particular, limpio y desbrozado, en el que los árboles se respetaban tal como habían nacido, aunque el suelo estaba muy cuidado y se podía pasear a caballo por él.

El gran «Dodge» avanzó por el asfalto. Apareció un *jeep* que le siguió a prudente distancia; dentro iban tres hombres, uno conducía y los otros dos estaban armados con metralletas «Mariettas» provistas de silenciador y preparadas para disparar balas «Parabellum».

Después de rodar tres kilómetros, apareció el palacete de estilo inglés, son sobrias fachadas de ladrillo en obra vista. Se adivinaba muy confortable.

El *jeep* se detuvo junto a una fuente artística. El «Dodge» se acercó al zaguán para desencochar. Inmediatamente apareció un hombre vestido con el uniforme de la finca que se apresuró a abrir la portezuela del gran «Dodge». Otros hombres, impecablemente trajeados, se situaron a ambos lados.

Herr Montpierre echó pie al suelo tras encender un cigarrillo que sostenía con su mano izquierda, ensortijada por los tres anillos, dos de ellos con los grandes brillantes que centelleaban cuando la luz del sol incidía en sus prismas.

Tras él descendieron dos hombres en los que el suizo confiaba plenamente; tenía mucha gente preparada para obedecer sus órdenes de forma inmediata, fueran las que fuesen.

Salvó los dos peldaños de granito y ya bajo el zaguán, apareció Lauro Piñero y su secretario. Lauro Piñero era el propietario de aquella enorme finca. Los dos hombres sonrieron y estrecharon sus respectivas manos.

— ¿Ha tenido buen viaje? —preguntó Lauro Piñero.

Con un ligero acento germánico, Herr Montpierre respondió:

—Cuando se viaja en avión propio, el viaje es perfecto.

—El mundo anda hoy día muy revuelto; lo mejor es viajar en avión propio. Nunca se sabe en qué país se va a aterrizar una vez se ha despegado, hay demasiado pirata aéreo.

Entraron en el palacete, cruzando el vestíbulo para adentrarse en el amplio salón al que se abrían varias puertas y al que descendía una escalinata que se centraba en el salón como si hubiera sido construida ex profeso para grandes lucimientos, para aparición de importantes personajes.

Una dama elegantemente vestida, descendiendo por una amplia escalinata central, siempre causaba efecto; quizá el primer propietario de aquel palacete había sido una mujer o un hombre que se había dejado dirigir por los deseos de una mujer. Precisamente, en aquellos instantes descendían por la escalera dos bellas mujeres pisando con elegancia los peldaños ricamente alfombrados.

Herr Montpierre sentía debilidad por las cosas hermosas y artísticas, especialmente las joyas y las mujeres. Era difícil que él mismo supiera exactamente qué le apasionaba más; naturalmente, todo dependería del momento en que se le ofreciera la elección.

Las dos mujeres eran jóvenes. La rubia de ojos azules era más alta y la otra tenía un espeso y lacio cabello negro; lo mismo sus labios que sus ojos resultaban más sensuales, aunque ambas estaban muy bien formadas anatómicamente.

Al propietario del palacete, Lauro Piñero, no terminó de agradarle la súbita presencia, casi irrupción, de las dos muchachas, a juzgar por la mueca que esbozó; mas, tras un ligero encogimiento de hombros, hizo las presentaciones de rigor.

—Herr Montpierre, le presento a mi hija Vera y a la señorita Capucine.

Herr Montpierre hizo una inclinación de cuerpo, propia de lo más selecto de la aristocracia europea, pero ambas jóvenes sabían comportarse. Parecía que la presentación quedaba cortada allí cuando Herr Montpierre, mirando a la rubia Capucine, preguntó:

— ¿No nos hemos visto antes; señorita?

—Sí, creo que sí —asintió ella, con una sonrisa.

—Estaba seguro, una belleza como la de ustedes no puede olvidarse una vez vista.

—Yo no recuerdo —respondió Vera Piñero.

Capucine, que tenía un ligero y delicado acento francés, explicó:

—Creo que hemos viajado en el mismo avión para llegar a Solimar. ¿No es cierto, Herr Montpierre?

— ¿De modo que usted ha viajado con la Golden Tour Operator?

—Exactamente, mas no voy a seguir el programa previsto para

los turistas empaquetados en el «Caravelle». La verdad, me ha sido más fácil tomar su avión que un vuelo regular. En realidad, de este viaje sólo aprovecharé la venida y el regreso a Suiza.

—Si lo hubiera sabido antes, habría tenido una deferencia. Espero que nos veamos de nuevo.

Vera Piñero no pudo evitar una mirada de reojo hacia su amiga, una mirada que expresó celos.

—Capucine es mi amiga —explicó—. Estudiamos juntas en un colegio suizo y la invité a pasar unos días en nuestro palacete. Por lo visto, ella, para ahorrarse unos francos, ha utilizado este sistema del *tour* turístico. Seguro que hasta has viajado en clase turista —le preguntó, casi regañándola.

—Sí. ¿Acaso es un delito?

— ¡Tonta!; yo te hubiera enviado unos boletos para primera clase en un vuelo regular. Vera ya había conseguido, en su opinión, poner en evidencia a Capucine, mas Herr Montpierre no pensaba lo mismo y preguntó:

— ¿Es usted suiza, también?

—No, francesa, de París, aunque últimamente estoy ampliando estudios en Zurich.

—Parece usted una joven que sabe hacerle frente a la vida por sus propios medios; estoy seguro de que llegará lejos, muy lejos. Me agradaría —miró a Vera y concretó—: invitarlas a cenar en alguna parte.

—Habrá tiempo para todo, la señorita Capucine es nuestra invitada —le atajó Lauro Piñero algo impaciente—. Ya organizaremos una cena social, pero ahora, tenemos asuntos más importantes de que tratar.

Las dos muchachas se alejaron hacia el jardín y el suizo siguió a Lauro Piñero que le condujo a un despacho.

Uno de los dos elegantes guardaespaldas cerró bien las puertas y después, pulsando un resorte, hizo que corriera una segunda y escondida puerta de acero que cubrió la doble puerta impidiendo que las hojas de madera pudieran abrirse. El aislamiento era total y blindado, pues también corrieron paneles de acero en los ventanales.

— ¿Es necesario?—preguntó Herr Montpierre, señalando los paneles de acero.

—Sí, es necesario tomar siempre precauciones. El país vive días difíciles y todavía vendrán peores. El terrorismo internacional introduce hombres armados en nuestra nación, asaltan Bancos y secuestran a personas de alto rango corno yo. Quiero protegerme, y por ello tomo todas las medidas de seguridad.

—Sí, he de admitir que la anarquía y el terrorismo tratan de adueñarse del mundo y hay que tomar el máximo de precauciones.

Por ello, su caudal estará mucho mejor guardado en las bóvedas blindadas del Banco suizo que me concede una representación.

—Yo tengo algunos millones para confiarle y que los saque de Solimar sin escándalos.

Podría sacar yo mismo el dinero, tengo medios para hacerlo.

—Ya, pero prefiere recurrir a mis servicios porque entregándome a mí el dinero, aquí, en su propio país, es como si ya lo hubiera sacado al extranjero, como si ya estuviera depositado en la mismísima Suiza. No corre riesgo alguno, pues una vez firmada por mí la aceptación de la entrega, usted ya no tiene ninguna responsabilidad.

—Sí, eso lo he tenido en cuenta y hay algo más.

—Ya, quiere algo de divisas.

—Lo quiero todo en divisas; todo. ¿Lo ha entendido, Herr Montpierre? —insistió, con una sonrisa de animal de presa—. Quiero marcos alemanes, francos suizos, florines, dólares y francos franceses... De libras esterlinas, no me hable.

— ¿Quiere cambiar todo su dinero? ¿Acaso conoce, a título de rumor, una inminente devaluación de la moneda de Solimar?

—No, por supuesto que no.

—Me temo que es usted un lince, señor Piñero —opinó, con su acento germánico.

—No, no se trata de que haya devaluación de nuestra moneda, simplemente que deseo tener mi dinero en distintas monedas extranjeras.

— ¿Y a cuánto asciende esa cantidad? Ya conoce mi comisión en este trabajo en el que yo corro con todos los riesgos.

—Sí, la recuerdo perfectamente. Cuando me sugirió su cometido de intermediario en

Montecarlo, comprendí que tenía usted razón en muchas cosas.

—Y como los acontecimientos de su país van de mal en peor, piensa que su moneda pierde enteros en el concierto internacional y que, a poco tiempo que transcurra, el cambio será más deficitario en su contra. Yo tengo varios clientes que atender como usted aquí en Solimar.

—Se mueve usted mucho, Herr Montpierre.

—Hago un trabajo y lo hago bien. Ustedes, los que prefieren guardar sus caudales en cuentas cifradas en Suiza, confían en mí y también lo hacen los Bancos que me ofrecen sus representaciones.

—Ser intermediario le permite lucir brillantes como los que lleva en sus anillos — comentó, sarcástico, Lauro Piñero.

El suizo miró sus gemas, las sopló para impregnarlas de su propio vapor y luego las frotó contra la manga de su chaqueta, volviendo a contemplarlas.

—Poseo una buena colección de joyas y una fortuna invertida en bienes materiales. El avión de la Golden Tour Operator es mío y tengo dinero para responder, pero, no crea, yo ya era rico antes de que usted ocupara puestos importantes en Solimar y comenzara a almacenar sus millones como ha venido haciendo.

Lauro Piñero frunció el ceño, aquella observación no le había gustado, precisamente porque era cierta. Se había enriquecido salvajemente al socaire de una corrupción administrativa y él no había sido el único; mas la situación estaba cambiando y pensaba que debía poner a buen recaudo lo que había tomado, prácticamente, a saco.

—Bien.

Sacó una llave muy especial, la introdujo en la superficie de la propia mesa y alzó una especie de tapa que era parte integrante del tablero. La tapa se abría hacia Herr Montpierre, de modo que éste, por culpa de la propia tapa, no veía lo que había quedado al descubierto y que supuso una caja o algo por el estilo.

Lauro Piñero introdujo la mano y manipuló unos pulsadores y botones. Inmediatamente, un gran cuadro se abrió por la mitad y apareció una pantalla de televisión, tamaño gigante. Se apagaron la mayoría de las luces; sólo quedaron dos un poco amortiguadas y la pantalla de televisión se iluminó. Era una televisión a color en circuito cerrado, de perfecta calidad. Herr Montpierre, un sujeto al que nada sorprendía, supuso que allí no actuaba antena alguna y que el sistema era por cable, de ahí la perfección de imagen y color.

—Vea, Herr Montpierre —le invitó Lauro Piñero, manipulando en los botones ocultos dentro de la mesa.

En pantalla aparecieron unos anaqueles de acero repletos de billetes de Banco.

— ¿Son ésos sus millones?

—Sí, mis poderes, el dinero que le voy a confiar.

—Cuando yo firme la recepción, me habré hecho responsable de su dinero, es decir, la Banca suiza ya le garantiza la protección y custodia de sus millones y, ¿sabe por qué ocurre eso? —Sin esperar respuesta, añadió—: Se lo diré, porque yo respondo con mis propiedades y cuentas corrientes. En realidad, yo corro el riesgo hasta que el dinero está bien encerrado dentro de las bóvedas de seguridad de la Banca suiza. Ostento la representación de la Banca, pero respondo de lo que se me encomienda hasta que se halla en las cámaras acorazadas. En este negocio a gran escala, se toman muchas precauciones como usted verá. Por ello, en adelante, yo debo tomar mis precauciones particulares para que nada falle.

—Comprendo. Esto no es sacar cinco, diez, ni veinte millones del país; aquí hay que sacar muchos millones, exactamente tres mil millones.

— ¡Hum!, es una cantidad sustanciosa. Señor Piñero, creo que este viaje se lo dedicaré totalmente a usted.

Visitaré a mis otros clientes y les advertiré que regresaré próximamente para atender también sus demandas de extracción de capital. En una suma de tres mil millones, hay que poner mucho cuidado y atención, se corren innumerables riesgos.

—Mis agentes de seguridad estarán a su disposición hasta que usted abandone el país, no le faltará protección, pero eso sí, discreta. No podemos olvidar que es un delito, esta fuga de capital, y no quiero problemas. Para salir bien librado tendría que pedir demasiados favores.

— ¿De qué protección puedo disponer?

—Mire la pantalla, por favor; verá a un personaje muy importante que nos ayudará en lo que haga falta.

Apareció un hombre vestido de paisano; era un cincuentón de anchas cejas y aspecto de *bulldog.*

— ¿No es Zarpuña?

—Exactamente, es él, el jefe adjunto de policía y seguridad. Aspira a ser jefe y no sólo adjunto como ahora.

— ¿Sólo jefe? Ese hombre tiene aspecto de querer ser más, mucho más; no me extrañaría que, entre ceja y ceja, tuviera la idea fija de convertirse en la máxima autoridad de Solimar.

—Ambición no le falta, pero tiene muchos enemigos, por eso pacta con hombres como yo que tenemos el capital. Sin capital no se hace nada.

—Lo imagino; sin embargo…

— ¿Duda?

— ¿Hasta qué punto está decidido a ayudarle? En ocasiones, surgen sorpresas desagradables. La ambición rompe amistades y fidelidades.

—No hay cuidado, siga mirando.

La imagen que se veía en pantalla cambió, ya no estaba el adjunto jefe de policía de seguridad Zarpuña, sino que apareció el interior de un barracón construido de ladrillo. El barracón era amplio y largo, había unos vigilantes con perros y en el suelo se veían agujeros circulares de un metro de diámetro o poco más, cubiertos por rejas, como pozos cerrados para que nadie cayera dentro de ellos. De pronto, por entre una de las rejas, asomó una mano y luego todo el brazo, mientras alguien gritaba.

Los perros ladraron fuerte. Uno de los mastines estiró violentamente de la cadena que sujetaba el guardián y corrió hacia la mano con intención de morderla. Casi lo consiguió, pero las mandíbulas se cerraron en el aire cuando la mano desaparecía bajo las rejas. Los mastines, especialmente el que había querido atrapar la

mano, continuaron ladrando hostiles.

— ¿Qué le parece, Herr Montpierre?

—¿Quiénes son esos desgraciados, que supongo que se hallan encerrados en los pozos?

—Los protestones de costumbre, gente que provoca problemas, gente que habla demasiado.

— ¿Y que está fuera de la ley de Solimar?

— ¡Oh, no! Los que están fuera de la ley de nuestro país se hallan encerrados en las penitenciarías de rigor. Estos, por motivos especiales, no han sido condenados. Siempre hay grupos de intelectuales e intelectualoides que piden, piden y piden... Y esos tipos salen de la circulación en silencio, sin que nadie sepa cómo ni por qué. Son gente que me molesta a mí, pero especialmente, son tipos que odian a Zarpuña. ¿Me comprende?

— ¿Debo entender que esos sujetos secuestrados o como quiera llamarlos, están en poder de usted; que usted los retiene en algún lugar secreto?

—Digamos que, en cierta forma, yo ayudo a Zarpuña a llevar adelante su ambición. Esa gente que ve ahí, es decir, que no ve porque está metida en los pozos enrejados, estorba, y estorba mucho a los planes de Zarpuña. El jefe de policía y seguridad, y mucho menos el de Justicia, no permitiría que los encerraran, aunque en ocasiones alguien vuelve la cara y mira hacia otra parte para no ver lo que le interesa ver. En fin, Herr Montpierre, Zarpuña me apoya en muchas cosas y, en justa correspondencia, yo le hago otros favores. Podemos confiar plenamente en él.

—Sí, veo que sí. Me ha convencido, señor Piñero, me ha convencido —dijo el Suizo, con su notable acento germánico—. ¿Cuándo veré ese dinero personalmente? No es que no me fíe, pero comprenda que si le he de extender unos recibos debo ordenar que sea contado y revisado todo el dinero. No es desconfianza, sino una normativa obligada.

—Lo comprendo y le señalaré el momento más adecuado, no hay excesiva prisa.

—Bueno, sí hay algo de prisa. Mis turistas sólo disfrutarán de su bello país durante ocho días; luego he de regresar con ellos en mi «Caravelle» a Suiza, es mi plan habitual. Esos turistas que he traído a Solimar a precios regalados han de marcharse contentos y sin demoras.

—Ya, la tapadera para sus negocios, un puñado de turistas variopintos y zaragateros que buscan sol y mar. Ellos no sospechan que viajan para cubrir apariencias.

—Siempre hay que buscarse una tapadera para no llamar excesivamente la atención.

—Su idea de crear una compañía turística es muy buena. Viaja adonde le da la gana y siempre es bien recibido. Suelta a sus pollitos que son los turistas y éstos lo enredan todo parloteando, aturdiendo a los funcionarios de las aduanas. Magnífico, Herr Montpierre, magnífico.

—La Golden Tour Operator es un excelente y provechoso negocio, y no por los turistas precisamente.

Lauro Piñero apagó la pantalla grande de televisión y se cerró el cuadro delante de ella, ocultándola.

—Podría mostrarle muchas más cosas. Admito que no soy el único hombre poderoso en Solimar, hay otros como yo que solicitarán sus servicios para el traslado de millones y conversión de nuestra moneda en divisas fuertes, pero ellos que esperen, yo estoy primero.

—No hay cuidado. Me pondré en contacto con mis otros clientes y será muy grato realizar varios viajes a este hermoso país turístico que es Solimar.

—No sólo es turístico; también tenemos otras cosas, industrias, por ejemplo.

—Que se mueven al socaire de las multinacionales extranjeras. Ustedes pagan *royalties,* en una cantidad que da pena.

—Es cierto. Nuestra competitividad para la exportación se basó en el bajo costo de la mano de obra; pero como los obreros cada día piden más y se hacen más fuertes, esa competitividad se pierde y exportamos menos en comparación, tengo que admitirlo; no obstante, el sol y el mar, ¿quién nos lo va a quitar?

—Nadie, nadie, y su millones tampoco, señor Piñero.

Lauro Piñero cerró la tapa de los mandos de la televisión por cable y circuito cerrado. Había hecho aquella pequeña demostración para que quedara patente ante el Suizo que si él era astuto, a Piñero había que considerarle un hombre fuerte.

—Será un placer que cuando termine este encuentro nos volvamos a ver ante las ruletas de los casinos de Montecarlo o Las Vegas.

—Sí, en alguna parte nos veremos, seguro que sí, señor Piñero, seguro que sí.

CAPÍTULO V

La *Seoi-Nage o* segundo movimiento de hombros entró con una gran facilidad, podía decirse que hasta con belleza pese a la rapidez y limpieza con que fue efectuada la proyección por dos puntos.

Moses Pacific Savage, que vestía su particular *judogi* de color violeta-morado, con la flor del pensamiento bordada en oro en el centro de la espalda, había agarrado con la mano derecha la solapa izquierda del *judogi* de su adversario.

Dobló el brazo derecho y contrayendo su bíceps, Savage introdujo bajo la axila derecha de Celaya el dorso de su antebrazo. Situando al joven judoka a su espalda, lo alzó en el aire.

Atrapado por dos puntos, Celaya fue proyectado con limpieza sobre el *tatami* en un perfecto *ippon.*

Se escuchó el ruido de la caída, mas como era de rigor, Celaya no se había hecho el menor daño. Como buen judoka que era, sabía caer, como vulgarmente se decía, como un gato, y al propio tiempo siguiendo la norma de los combates de Judo, Savage le había ayudado en la caída al no soltarle la manga derecha que sujetaba con su mano izquierda, lo que hacía que la proyección quedara amortiguada. De no seguir esta norma de consideración hacia el adversario, la proyección podía lanzar lejos al contrincante, estrellándolo contra el suelo o una pared.

No estaban solos en el gimnasio; otros judokas observaban y admiraban a Savage y también a su compatriota Celaya.

—Ahora te toca a ti —dijo Savage al joven Celaya.

Se enfrentaron de nuevo. Movieron sus pies buscando el desequilibrio y en el momento en que lo pudo colocar a punto, Celaya le practicó la *Seoi-Nage* con idéntica limpieza y pulcritud.

Savage se dejó voltear en el aire sin revolverse. Cuando quedó en el suelo, sonrió a Celaya arguyendo:

—Perfecto, pero que no se note en absoluto que vas a aplicar la proyección; sin embargo, por tu estatura y peso, lo mejor para ti son las *Koshi Waza.* Tienes buena agilidad de cadera y flexibilidad de rodillas.

—Sí, ya me he dado cuenta de que las proyecciones de cadera me van muy bien.

—Insiste en ellas y practica, también, en lo que andas algo flojo, es decir, en las inmovilizaciones en tierra.

—Conozco perfectamente las técnicas de aplicación de las

inmovilizaciones y estrangulaciones.

—Lo sé; no obstante, te falta algo de agilidad y astucia para liberarte de un enemigo más pesado. Me di cuenta de ello cuando te vi en la preselección, por ello vas a practicar un par de horas en el suelo con Ricky.

— ¿Con Ricky? —Miró asustado al *sumotori* japonés; su imponente mole impresionaba a cualquiera.

—Sí, yo he de hacer algunas gestiones, tengo ciertos compromisos, de modo que te vas a quedar practicando con Ricky. Para endurecer los músculos no hay como un buen peso.

Ricky se situó en el *tatami* vestido con el *judogi.* El Judo no era su fuerte, pero conocía sus técnicas como buen budoka que era, pese a que su especialidad era el *Sumo,* la lucha de los gigantes.

Todos les miraban notablemente preocupados. El desnivel de peso y estatura entre el japonés Ricky y Celaya, era ostensible.

De pronto, Celaya se vio izado en el aire y pataleó; Ricky pareció dispuesto a proyectar al joven lejos de sí como si de un combate de *Sumo* se tratara; mas, Celaya consiguió golpear la rodilla de Ricky, el cual se desequilibró en parte.

Celaya alcanzó a tocar el suelo, sus plantas notaron la lona del *tatami* y entregándose a. un *sutemi* arriesgado, practicó aquel sacrificio con limpieza, dejándose caer de espaldas mientras apoyaba sus pies en el vientre de Ricky.

Este, pese a su elevada estatura y enorme peso, salió volteado por el aire pasando por encima de Celaya que lo ayudó en su camino con las plantas de los pies.

La proyección de Ricky, basada en el *sutemi* practicado por Celaya, fue limpia y espectacular. Los jóvenes asistentes aplaudieron a rabiar y Savage miró a Juanito Chancleta interrogante. Este tenía la cámara de fotografiar dispuesta y todos habían visto cómo el *flash* entraba en funcionamiento.

— ¿Has tomado el *sutemi* de Celaya? —preguntó.

—Sí, varias instantáneas.

—Estupendo, servirá para el reportaje sobre Judo. Seguid aquí. —Alzó la voz y exclamó—: ¡Ricky, hazle sudar en el suelo!

—Sí, sí, sí chi-chico sudará, chi-chico sudará… —aseguró el gigante japonés con su peculiar tartamudeo.

Celaya comprendió que no iba a escapar y que las inmovilizaciones iban a ser un problema para él. Si Ricky se le situaba encima y aplicaba las técnicas con limpieza, no habría forma de desprenderse de él.

Savage se dirigió a la ducha. Dejó que su cuerpo quedara batido por los dardos de agua y poco más tarde, abandonó el gimnasio donde otros seguían sudando el *judogi,* buscando la perfección de las

técnicas.

Subió al gran «Daymio», un coche de tres ejes y seis ruedas, tipo ranchera, con suspensiones independientes y siete litros de cubicaje. Se alejó rodando por la gran ciudad, inundada por un sol de atardecer.

Mientras circulaba con aquel automóvil que llamaba la atención por el poder que transpiraba, se fueron encendiendo farolas y luces de neón, oscurecía con rapidez. M. P. Savage conectó las luces de ciudad; aún veía perfectamente, mas no tardaría la noche en adueñarse de todo y, para circular, no sólo hacía falta ver, sino hacerse ver.

Lo cierto es que él poco problema tenía, si chocaba contra otro automóvil de cara. Su «Daymio», hecho artesanalmente, estaba más que reforzado y poco notaría un choque a velocidad de ciudad; en cambio, el que topara contra él, sufriría casi los mismos efectos que colisionando con un camión.

Aquel coche, sacado de una cadena, saldría más caro que un fórmula 1 de competición. Savage no se había puesto nunca de acuerdo con los fabricantes, y no es porque él quisiera evitar que hubiera más coches como el suyo.

Llegó a Hilton-Solimar.

El hotel se erguía, orgulloso, frente a las doradas playas y junto a su fachada posterior había un acantilado rocoso con un embarcadero particular.

El Hilton-Solimar tenía una vasta área en tomo suyo donde no se elevaban edificios que pudieran estropear su panorámica. El hotel había sabido comprar y mover recursos para desalojar a los anteriores propietarios de la zona, una zona ciertamente privilegiada por la Naturaleza. Ahora, el hotel recibía a los turistas que podían soportar sus precios.

Savage dejó el «Daymio» en el estacionamiento; tenía una cita y acudía a ella.

Ya era de noche. El edificio brillaba, tenía mucho cristal, acero y madera y unos toldos que no lucían en la noche pero sí a la hora del sol, pues en sus veinte pisos de altura, el Hilton-Solimar poseía terrazas encaradas al mar azul-verdoso y al sol del atardecer.

En las diversas instalaciones del hotel había animación, música, mini-golf, piscina nocturna profusamente iluminada, gente que descansaba en las hamacas.

Pasó al vestíbulo del edificio. Se introdujo en uno de los ascensores y pidió:

—A la terraza del ático.

El ascensor subió con rapidez.

La consumición en la terraza del ático era mucho más cara y no se permitía gente de pie. Había un pequeño escenario donde actuaban artistas de primera fila y aquél era el motivo que encarecía sus precios

ostensiblemente.

En aquellos momentos actuaba una cantante francesa. De reojo, pues no se fijó demasiado en ella, a M. P. Savage le pareció que se trataba de Sylvie Vartan.

— ¿Tiene mesa reservada, señor? —le preguntó el *maître* acercándosele.

—La mesa del señor Romerales.

— ¡Ah! Sígame, por favor.

El *maître* le precedió, sorteando las mesitas de la terraza. Por encima de ellos había unos alambres tensos que habrían de servir para cubrir la terraza con toldos si el tiempo se estropeaba, lo que no sería fácil aquella noche, pues el cielo se podía ver plagado de estrellas.

Romerales, al verle, se levantó para estrecharle la mano. El *maître* preguntó:

— ¿Qué va a tomar el señor?

—Un zumo de limón, pero puro, recién hecho. ¿Comprendido?

—Naturalmente, señor.

Savage se fijó entonces en la bellísima joven sentada en la mesa. Esta le devolvió la mirada y hubo un brillo casi de admiración en sus grandes ojos zarcos.

—Señorita Capucine, le presento a Moses Pacific Savage.

—Es un placer conocer al famoso reportero. He de confesarle que no le había visto nunca personalmente, quiero decir, en su reportajes que sí he visto por televisión y leído en revistas.

—Es que el señor Savage es muy modesto, no hace como muchos de esos divos, que los hay en abundancia en el mundo del reporterismo, que se dedican a fotografiarse a sí mismos y, prácticamente, dejan a un lado a los entrevistados.

—No haga caso al señor Romerales, es muy interesado, quiere que le dé reportajes gratis para su revista.

— ¿Y es usted un reportero caro?

—Tan caro, que no podría pagarle ni en diez años —se quejó Romerales.

Después presentó—: La señorita Capucine.

—Encantado, señorita.

—Debe ser usted fabulosamente rico, Savage. ¿Me permite que le llame así?

—Naturalmente, y tuteándonos todos.

—Bien, ¿pues qué haces con tanto dinero? ¿Te permites el lujo de pasearte por los países turísticos como Solimar?

—No, tengo muchos hijitos que mantener.

—No sabía que fueras casado —observó Capucine.

—Es que no lo soy. Romerales arguyó jocoso:

—Quizá es que es muy apasionado y tiene muchos hijitos no

reconocidos.

—Eso no podría jurarlo; tampoco quiero presumir de santo. La verdad, no soy demasiado constante en el amor, tengo grandes obligaciones que cumplir.

— ¿Tus hijitos...? —preguntó la chica con marcada ironía.

—Pues sí, están en Liberty Garden.

— ¿Liberty Garden, una guardería infantil?

—No, señorita, no —explicó Romerales—. Algunos cuentan, casi como una leyenda, que existe un lugar, una especie de paraíso que nadie encuentra y que se llama Liberty Garden. Es un nido donde muchachos y muchachas, protegidos por Savage, aprenden a ser budokas.

— ¿Y qué aprenden? —preguntó Capucine, perpleja.

—Pues a ser buenos budokas, ¿te parece poco?

—No, pero sólo aprender a luchar, en fin, yo...

—Capucine, ser un buen budoka equivale a convertirse en un ser humano completo; es aprender a amar al prójimo por encima de uno mismo, es muchas cosas que no se pueden explicar en pocas palabras. Créeme, ser un budoka no es lo que la gente entiende usualmente. No es buen budoka aquel que acude a un gimnasio a aprender una o varias Artes Marciales Orientales y luego las utiliza para lucrarse o imponerse a otros hombres y mujeres, simplemente porque está mucho más preparado en la lucha. En fin, no estoy aquí para explicar lo que son las Artes Marciales Orientales y lo que es el Do.

Miró hacia la baranda que tenían a la espalda. Abajo estaba el acantilado y frente a ellos se extendían el mar que brillaba ligeramente aunque la luna no había mostrado todavía su esplendor; se retrasaba, bella y coqueta como una mujer.

—Savage, Capucine me llamó por teléfono porque, en un momento dado, recibió un mensaje.

—Un hombre que viajaba en el mismo avión que yo, de una forma un poco especial, me puso un papelito en el escote.

Savage miró a Romerales, interrogante. Este aclaró:

—El papel sólo ponía Romerales y mi número de teléfono. Capucine tuvo la feliz idea de llamarme y ésa es la razón de esta cita.

— ¿Por qué le has llamado? —le preguntó Savage, directamente.

—Me dio el mensaje de una forma que me pareció muy rara y pensé que debía hacer algo; tengo la impresión de que aquel hombre necesitaba ayuda.

— ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Viajaba a mi lado. La azafata le dijo que debía seguirla; creo que había un cambio de asiento o algo así, no estoy segura. El caso es que la siguió, desaparecieron tras una cortina roja que hay en la salida de la clase turista, o sea, hacia la cola del «Caravelle».

— ¿Y luego? —preguntó Romerales.

En el escenario, la cantante francesa terminó su número y apareció un grupo rockero en camiseta, dispuesto a hacer vibrar el ambiente.

—Lo que me extrañó es que no volvió, pues no volví a verle. Pensé que podía haberse quedado en el cuarto de aseo, en fin, no le vi y me pareció muy raro.

—No lo viste porque debieron lanzarlo al vacío y así terminó su viaje —dijo Savage, sin morderse la lengua.

— ¿Cómo dices, lanzarlo al vacío? —se escandalizó la muchacha —. ¡Eso es un asesinato!

En aquel momento, en el escenario se produjo un chisporroteo, fue un cortocircuito que tuvo lugar en una guitarra eléctrica. El músico la soltó de inmediato, retrocediendo, y se apagaron todas las luces.

La oscuridad fue intensa y las estrellas no eran suficientes, aunque ya comenzaba a haber un resplandor de la luna que trataba de aparecer por encima del escenario.

Hubo confusión y el *maître* pidió:

—Tranquilícense, por favor, sólo se trata de un cortocircuito sin importancia, pronto volverá la luz...

No era algo tan sencillo como el *maître* de la sala de fiestas pretendía hacer creer, pues faltaba la luz de todo el edificio.

Se movieron varios camareros a los que nadie dio importancia; eran algo así como los vigilantes del lugar. Sin embargo, dos de ellos, de aspecto muy forzudo y a los que la chaqueta blanca les iba estrecha, no parecían tan cuidadores como era de desear.

Uno por cada lado, habían rodeado la mesa en que se hallaban Romerales, Savage y Capucine. Detrás había unas jardineras con plantas y la baranda que daba al vacío; treinta plantas más abajo, el acantilado.

Capucine se sintió asida por ambos brazos al mismo tiempo, y por manos diferentes. Se sintió alzada en el aire, su silla se volcó y ella, sin comprender lo que ocurría, gritó desesperadamente al darse cuenta, aterrada, de que era lanzada al espacio por encima de la baranda, como si fuera algo inservible.

Se creó una gran tensión en toda la terraza. El histerismo se contagió y fueron varias las mujeres que gritaron simultáneamente. La muerte había trepado a lo alto de la terraza del Hilton-Solimar sin que nadie se hubiera preocupado de invitarla a aquella fiesta.

CAPÍTULO VI

El ataque había sido por sorpresa aunque, al parecer, bien planeado minutos antes. Todo era simple, muy simple... Un cortocircuito en el escenario y se iba la luz. Posiblemente había un cómplice que terminaba de destruir el sistema eléctrico o quitaba los fusibles generales, intactos y perfectos, para suplirlos por otros fundidos e inservibles, cargando así la culpa de lo ocurrido a la guitarra eléctrica.

Dos falsos camareros se habían metido entre las mesas en el momento oportuno, conocedores de su objetivo.

Cuando la luz se hiciera de nuevo, ya no estarían presentes y, en cambio, al día siguiente, encontrarían un cadáver, los restos de una joven que había sido hermosa, una extranjera que algunos comentarían que se había arrojado desde lo alto del edificio, suicidándose. Todo muy fácil. Bastaba con tomar a la muchacha por los brazos, elevarla en el aire y lanzarla al vacío.

En medio de aquel griterío y confusión, ¿quién iba a notar que se estaba cometiendo un crimen tan bestial, como el de arrojar a una joven como Capucine desde una altura de treinta pisos?

Pese al ataque por sorpresa, las cosas no se desarrollaron enteramente según los planes de los asesinos, porque allí estaba Moses P. Savage.

Debido a la oscuridad, Savage se dio cuenta tarde de lo que ocurría. La luna emergió por encima del escenario y vio a los dos falsos camareros mientras Capucine desaparecía tras la baranda.

Disparó su codo izquierdo hacia la boca del estómago del falso camarero que tenía detrás, propinándole un *empi-uchi* de Karate que le obligó a encogerse sobre sí mismo con un gruñido de dolor.

Savage lanzó su *kiai* silencioso al tiempo que daba una patada a la silla para que no estorbara. Aplicó el *Kata-Seoi* y el asesino salió despedido por encima de él, volando sobre las jardineras primero y la baranda de hierro después.

Se perdió en la oscuridad del espacio, ocultando por unos instantes con su cuerpo la visión de las estrellas que punteaban en el firmamento.

Escuchó maldiciones y unos taponazos como si estuvieran descorchando champaña de calidad. M. P. Savage sabía muy bien lo

que significaba aquello; dio una patada a la mesa y quiso perseguir al otro camarero, mas éste desapareció de su vista en medio de los clientes, asustados por los gritos que les contagiaban.

Savage saltó sobre la jardinera, encaramándose a la baranda. Un sentimiento de rabia le había subido del vientre al cuello, agolpándose en la glotis como si fuera sangre negra, sangre que tenía que vomitar.

— ¡Auxilio! —clamó la voz femenina.

Miró hacia abajo. Aferrada a los hierros, suspendida en el vacío, buscando desesperadamente un asidero con las puntas de sus pies, pues los zapatos se le habían perdido, estaba Capucine.

— ¡Aguanta! —le pidió Savage.

La muchacha apenas se veía. Gracias a que los ojos le brillaban y que su hermoso cabello rubio semejaba lleno de chispeantes estrellitas, podía verse suspendida en el vacío. Abajo, el mar batía en las peñas, espumeando, mientras los ojos fijos y malignos de los cangrejos aguardaban, agazapados entre las figuras de las rocas, esperando algo que atrapar con sus pinzas.

— ¡Aguanta, Capucine, aguanta!

Pasó por encima de la baranda, arriesgándose a caer.

Se puso cabeza abajo y cruzó las piernas entre los hierros de la baranda. Con sus manos, agarró a la joven por las axilas cuando ésta ya desfallecía.

Capucine se sintió elevada. Tenía la impresión de que era una marioneta que se movía como los demás deseaban que lo hiciera; la levantaban, la arrojaban al vacío y sólo gracias a la oportuna y providencial intervención de Savage, no había salido despedida por encima de la balaustrada, sino que había acabado agarrándose a ella.

El asesino disfrazado de camarero, al encajar el *empi-uchi* aplicado por Savage, había perdido fuerza y ello había, significado que Capucine se salvara.

La mujer se asió a la baranda, muerta de miedo. Seguía estando por el lado exterior *y* el frío le subía por las piernas y se metía por todo su cuerpo con un cosquilleo que la hacía temblar. Deseaba volver a gritar y no sabía si podría hacerlo. Sus manos estaban agarrotadas alrededor de los hierros y tampoco estaba segura de si lograría soltarse, o para desprenderse de los barrotes haría falta emplear un soplete oxidrílico.

—Tranquila, aguarda —le pidió Savage saltando con toda limpieza por encima de la baranda. La cogió por segunda vez y dijo—; Suéltate ya.

Capucine continuó aferrada a la baranda. Sus pantalones anchos, de gasa, flotaban en el espacio. Las rocas del acantilado seguían estando bajo ella, como reclamando su caída.

Le agarró las muñecas y haló de ellas; los nudillos femeninos

blanqueaban con fuerza, los dedos semejaban haberse soldado al hierro y no pareció tener capacidad para reaccionar. El pánico se había metido en el tuétano de sus huesos y Savage optó por una decisión terriblemente arriesgada.

—Lo siento, amor.

Colocó sus manos abiertas, con las palmas hacia arriba a ambos lados de las caderas de la joven y le propinó un doble shuto-*uchi* justo por debajo de las costillas.

El dolor fue súbito e intenso. La muchacha soltó sus manos de la baranda y antes de que se precipitara al acantilado donde la aguardaba una muerte aterradora, pues su cuerpo quedaría convertido en un repugnante amasijo de huesos y carne donde ya sería materialmente imposible reconocer cualquier belleza, Savage la izó por encima de la balaustrada y la puso a salvo, mientras ella aún notaba el intenso dolor del doble *shuto-uchi* aplicado con toda limpieza y que le había obligado a poner los ojos en blanco.

De pronto, se encendió la luz iluminando la confusión iniciada con el cortocircuito de la guitarra que por poco más electrocuta al guitarrista.

Varias mesas y sillas estaban volcadas. Entonces, Savage descubrió a Romerales: Tenía los ojos abiertos y dos significativas manchas de sangre, sangre que mojaba el suelo. Un orificio destacaba en su cabeza y otro en el pecho.

— ¡Dios mío, Dios mío! —gimió la mujer.

—Vámonos, Capucine, vámonos —apremió Savage, tomándola por la cintura y empujándola hacia la salida.

—Tranquilícense, no ha sido nada, sólo un cortocircuito... —repetía el *maître*—. Ya han visto como ha regresado la luz.

Muchos fueron los que dieron por terminada su velada en la sala de fiestas de la azotea del hotel y un buen número de clientes se introdujo en los dos ascensores que subían a lo alto del lujoso edificio.

Savage empujó a Capucine hacia el interior del ascensor, comprimiéndose con las otras personas que abandonaban el ático.

Sintió el cuerpo femenino contra sí, los pechos duros, el rostro que se apoyó contra su cuello y las delicadas cosquillas del cabello rubio.

— ¿Qué, qué ha pasado? —casi gimió la joven.

Le rodeó la espalda como pudo, estrechándola aún más contra sí, y le musitó al oído:

—Sólo que se ha ido la luz.

Ella buscó con sus ojos zarcos y encontró las pupilas intensamente verdes.

El hombre sostuvo su mirada y al fin ella, como vencida, sabiéndose protegida por alguien más fuerte, dejó caer sus pestañas y

sus párpados se cerraron, dejándose llevar.

Minutos más tarde, el «Daymio», se alejaba del parking. M. P. Savage había esperado que no descubrieran el cadáver de Romerales antes de que ellos abandonaran el hotel. Ya nada podía hacer por el director de la revista que ansiaba tirar de la manta sobre la fuga de capital en Solimar, una revista que muchos habían calificado como sensacionalista, pero que ya había perdido a varios de sus hombres en busca de la verdad.

Durante el trayecto en el grande y poderoso «Daymio», Capucine no dijo nada, se limitó a dejarse llevar.

Confiaba en aquel desconocido que la tuteaba desde un principio y que la había salvado de morir destrozada contra el acantilado donde al día siguiente sería descubierto el cadáver de un hombre que vestía una chaqueta de camarero que no le correspondía.

No sabía adónde se dirigía, o mejor era decir adónde la llevaban. No preguntaba nada; estaba en un país extranjero junto a un desconocido, aunque quizá no lo fuera tanto, pues ella había leído y visionado muchos reportajes con la firma de M. P. Savage, reportajes que en ocasiones erizaban los cabellos, reportajes que resultaban descarnados y que metían el dedo en la llaga, en las lacras de los fariseos; asuntos que, generalmente, se querían tapar como fuera y al precio que fuese, sin importar el dinero o las vidas que costara.

No eran historias inventadas, ahora ella lo sabía bien. Habían tratado de asesinarla lanzándola al vacío y junto a ella, un hombre había muerto a tiros, tiros que no se oyeron porque fueron realizados con una pistola provista de silenciador, posiblemente una «Parabellum» automática del treinta y ocho.

El gran «Daymio» de seis ruedas rebasó la barrera de entrada que advertía que allí comenzaba un área privada y residencial.

Prosiguió rodando por las calles asfaltadas y limpias que se escindían en distintas direcciones, dejando a la vista parterres bien cuidados en el centro de los cuales se levantaban *bungalows* pequeños, pero coquetones y atractivos.

Allí, durante unos días, meses y los había que siempre, habitaban hombres y mujeres de las más distintas lenguas que, cuando salían, por señas y amabilidad, se entendían unos con otros. Oyéndolos parlotear, con los ojos cerrados, se podía pensar que uno se encontraba al pie de la Torre de Babel.

Los *bungalows,* de rentas muy altas pese a lo pequeños que eran, se hallaban suficientemente distanciados unos de otros como para que sus habitantes no se pudieran molestar.

El coche no se detuvo hasta llegar a la primera fila de *bungalows* que se erguía frente a la arena de la playa. Pese a ser de noche, podía verse el agua del mar batiendo ligeramente, formando una prolongada

línea de espuma que aparecía y desaparecía de forma rítmica y sedante. La arena parecía más blanca al reflejar la luz de la luna.

—Pasa —la invitó Savage.

Capucine se dejó conducir como una autómata.

Ya dentro de la pieza regia del *bungalow,* es decir, en el *living-room* que no tendría más de veinte metros cuadrados, Savage encendió una luz suave e indirecta.

Capucine iba como atontada. Se sentó en el borde del sofá y fue entonces cuando se derrumbó, comenzando a sollozar convulsivamente.

Savage la miró fijamente y se tranquilizó. Había temido que la mujer no llorara. Había pasado mucho miedo, auténtico terror al otro lado de la baranda en lo alto del edificio del Hilton-Solimar y aquel miedo tenía que aflorar de alguna forma, porque si quedaba retenido, encogido dentro de ella, le haría muchísimo daño. Un miedo como el que había pasado, sin estar acostumbrada a situaciones de violencia, podía conducirla a una neurosis crónica.

Sin decirle nada, dejándola sollozar, se arrodilló delante de la muchacha.

Sus dedos ágiles y precisos le desabrocharon la ropa. El vestido era completo, es decir, pantalones y blusa, una especie de «mono» de gasa amarilla ceñido en la cintura por un ancho cinturón de piel color beige. A distancia casi parecía un *judogi,* aunque no lo era.

Ella no supo por qué, mas no opuso resistencia alguna y dejó hacer al hombre que le desabrochó hasta la cintura. Se situó luego a su espalda y le bajó el vestido, desnudando su pecho y espalda que quedó a la vista y al alcance de sus dedos.

Los senos no caían fláccidos hacia delante, eran duros y turgentes, llenos de vitalidad y atractiva belleza.

Capucine notó los dedos masculinos en su espalda, sobre su espinazo, en la base del cuello donde caía su hermoso pelo rubio. Comenzó a sentir un gran alivio sin dejar de sollozar, pero sus sollozos se fueron haciendo más débiles y suaves, mientras Savage practicaba aquel masaje que la relajaba, quitándole la tensión con aquella técnica oriental que era una auténtica caricia, una caricia que acabó con sus sollozos lentamente y no de forma precipitada.

—Sé que te puede sonar extraño, casi a sacrilegio, pero no estaría de más que pensáramos en cenar después de darnos un baño de mar. ¿Sabes nadar?

—Sí —asintió ella, inclinando la cabeza en sentido afirmativo—. Pero, ¿nadar ahora? Estoy agotada, la verdad.

—Luego te sentirás mejor, el agua del mar refortalecerá tu cuerpo, ya lo verás.

—No tengo bañador.

— ¿No has estado nunca en ninguna playa de nudistas?

—Sí, pero siempre hay mirones y eso me fastidia.

—Ahora no hay mirones. La noche ampara al que busca la paz y el sosiego. Deslizó sus dedos una vez más por la suave piel de la mujer y luego se apartó de ella. Fue al dormitorio y allí se desvistió. Anduvo hacia la puerta sin decir nada y salió, pisando la arena que cedía bajo sus pies.

Al fin, notó el agua ligeramente fría en sus plantas. Se adentró en la brillante negrura del mar y se dio un chapuzón, desapareciendo bajo la superficie y volviendo a salir.

Miró hacia la arena y vio avanzar la silueta bien perfilada de la bella Capucine. Su piel tenía un blanco suave y la luna semejaba concentrar en ella toda su luz, una luz que a su vez recogía del sol y que enviaba al Planeta Azul del que era esclava eterna; aquella luz parecía un foco de cabaret que realzaba la belleza de la *vedette.*

— ¿Savage?

— ¡Aquí, Capucine!

Alzó su brazo y ella, con el cabello suelto, corrió chapoteando hacia él. La frialdad del mar, que no era excesiva, la estremeció y excitó y el agua marina disolvió la sal de las lágrimas que se habían secado en su rostro.

Capucine se sintió una mujer distinta. Savage, con sus manos, con su presencia, con su *kiai,* con su decisivo enfrentamiento a las situaciones difíciles, la había arrancado de una forma diferente y casi tediosa de vivir.

— ¡Savage, Savage! ¿Dónde estás?

El volvió a asomar a flor de agua tras bucear en las tinieblas de la noche subacuática.

CAPÍTULO VII

Moses Pacific Savage detuvo su automóvil «Daymio» frente a la verja cuyo digisto brillaba al sol de un día espléndido. Solimar era un país que ofrecía vacaciones, hoteles, playas y sol, mucho sol.

Hizo sonar el claxon y se abrió una portezuela angosta, reforzada con plancha de acero y por la que sólo podía pasar un hombre y casi colocándose de costado.

Apareció un vigilante con el uniforme de la gran finca. Tras las rejas sólo se veían árboles que brindaban mucha sombra; era un lugar agradable para pasear a caballo.

Savage ignoraba la extensión en acres de aquella finca, mas por lo que le había contado Capucine, debía ser enorme, aunque ella, por supuesto, tampoco conocía sus dimensiones reales, ya que había zonas de bosque con el suelo de césped bien cuidado que se cerraba como una alfombra alrededor de los troncos de los árboles y áreas ajardinadas.

Se suponía que tras el palacete había también grandes bosques pertenecientes a la propiedad en los que andaban sueltos ciervos e, incluso, jabalíes.

—Buenos días —saludó el guardián con actitud casi marcial y sin un átomo de simpatía.

Capucine le mostró una tarjeta plástica que el vigilante tomó entre sus dedos. Fue hacia la caseta, estuvo dentro unos instantes y cuando volvió a salir, ya franqueaba la gran puerta y devolvía la tarjeta a Capucine.

—Bueno, creo que nos dejan entrar en la fortaleza —comentó Savage.

—No lo parece, pero por dentro es muy grande y me da la impresión de que poseen muchos sistemas de seguridad para evitar visitas inesperadas, visitas que no les resulten gratas.

Ya dentro del asfalto particular, siguieron rodando.

Entre los árboles había un *jeep* con varios hombres armados que se mantenían vigilantes, mas como si hubieran recibido órdenes concretas al respecto, no siguieron al «Daymio» por el asfalto, aunque sí avanzaron sin prisas entre los árboles, rodando sobre el césped que a juzgar por su verdor y limpieza era muy mimado.

Se detuvieron frente a la pérgola del palacete.

Cuando se apearon del coche, salieron a recibirles Vera y su padre, Lauro

Piñero.

Tras ellos había dos hombres vestidos con elegancia, pero que a Savage no se le escapaba que eran guardaespaldas bien preparados y armados, pues notó ligeros abultamientos en sus respectivas chaquetas, bultos que no podían deberse a otra cosa que a pistolas.

— ¡Hola, Capucine!—saludó Vera, y ambas mujeres se besaron en las mejillas:

—He venido acompañada.

—Muy bien acompañada —opinó Vera, sonriendo ampliamente a Savage que captó la mirada devoradora de aquella mujer que no sólo por envidia a su amiga, sino por fuego sensual propio, se sintió atraída por el recién llegado.

— ¿Es usted norteamericano? —le preguntó Piñero.

—Sí, me llamo Moses Pacific Savage.

— ¿Savage, el reportero que cuentan que es un experto en Artes Marciales Orientales?

—Sí, creo que ése soy yo.

—Capucine, no me habías contado que tuvieras amigos tan importantes — protestó Vera Piñero, con un mohín.

—Fue ayer cuando conocí a Savage, y ha tenido la gentileza de acompañarme hasta aquí.

—Capucine, Capucine, estás radiante esta mañana, es como si algo maravilloso te hubiera pasado en las últimas horas… —aventuró su amiga con mirada aviesa.

Lauro Piñero apremió:

—Vamos, vamos, id a pasear, los caballos están listos.

— ¿Equitación, ahora? —preguntó Capucine algo desconcertada.

—Sí, ven conmigo. ¿Se va a quedar usted, Savage, o nos veremos luego en la cena? Hoy tenemos cena grande en casa. ¡Papá, papá! Vas a invitarle a la cena de esta noche, ¿verdad?

—Pues, claro que sí, hija, claro que sí. Savage, queda usted invitado.

Capucine se vio prácticamente arrastrada por su amiga que la tomó de la mano. No quería separarse del varonil Savage, pero la tranquilizó la idea de verle de nuevo a la noche, en la cena.

Cuando las muchachas se alejaron, por el exterior de la casa apareció el *jeep* con los hombres armados que se colocaron frente a la pérgola.

—Bien, será mejor que me marche —dijo Savage, sin demasiado convencimiento. Deseaba averiguar algunas cosas respecto a Lauro Piñero, un hombre muy importante en el país de Solimar, pues había ocupado altos cargos políticos y político-industriales.

Del interior del palacete surgieron más personas y a una de ellas, Savage la identificó de inmediato: Era Herr Montpierre *el Suizo.* Había

varios hombres más que supuso guardaespaldas, hombres de confianza, y un individuo bajo, grueso, con bigote ancho y recortado por los lados, que recordaba épocas pasadas. Aquel hombre poseía unas pupilas muy negras y pequeñas que se movían mucho en medio del blanco de los ojos; aquellas pupilas parecían poseer una vida independiente del propio individuo al que pertenecían.

—Bien, Savage, el adjunto jefe superior de policía quiere hacerle algunas preguntas.

— ¿La policía? —repitió Savage, con una leve sonrisa de sarcasmo.

—Soy Zarpuña —se presentó a sí mismo.

—Bien, señor Zarpuña, usted dirá.

Los demás guardaban silencio. El Suizo tuvo la impresión de que había sido reconocido por Savage, pero permaneció quieto, fumando expectante.

—Encontramos a un hombre muerto en la terraza superior del Hilton-Solimar, un tal Felipe Romerales, director de una revista de escándalos y demagogias baratas, un libelo que, encima, se vendía.

—Conocía al señor Romerales.

—Lo sabía.

— ¿Acaso sus hombres lo vigilaban por vender revistas de escándalo?

—Los hombres de la policía vigilan lo que deben vigilar para que el orden se mantenga. Creo, señor Savage, que se ampara usted en su nacionalidad norteamericana para meterse en líos que no deberían importarle.

—Lo que me importa o no, es cuestión mía, si le parece bien.

—También apareció un hombre muerto entre las rocas del acantilado y sospechamos que no cayó solo.

— ¿Han comprobado en la autopsia si estaba bebido?

—No tengo todavía los datos de la autopsia, pero sería muy posible que un budoka experto lo hubiera hecho saltar por encima de la baranda y a usted, precisamente, entre otras cosas, le apodan Star-Budoka.

— ¿Me está acusando de asesinato?

—Supongo que usted, por ser ciudadano norteamericano, piensa que tiene muchos amigos que saldrán en su ayuda, pero no acogota a mis amigos y a mí tampoco, por supuesto.

— ¿No me dice quién pudo matar a Romerales?

—A lo peor fue usted, o su amiga Capucine.

— ¿De modo que sabe que Capucine estaba también en la azotea del Solimar-Hilton?

—Yo sé muchas cosas más de las que imagina.

—Capucine fue a contarles historias estúpidas y fantásticas, ¿no

es eso, señor Savage?

El acento del Suizo era marcadamente germánico. Savage clavó su mirada en él y respondió:

—Herr Montpierre, Capucine no imagina nada. Ella recibió un mensaje simple y corto: «Avise a Romerales.» Luego, usted y sus amigos lo asesinaron. ¿Se acuerda, verdad que Francesco Etarra fue arrojado al mar?

Herr Montpierre se puso pálido y Piñero se dio cuenta.

— ¿De modo que me estaba investigando?

—Romerales sabía que es usted quien facilita la fuga de millones de tipos como Piñero, que se llevan el dinero de su país después de amasarlo por medios seguramente repugnantes. Son presas fáciles de convencer para llevar sus fortunas a Suiza porque tienen miedo de perder lo que han robado y usted, Herr Montpierre, cobra sus buenos millones por actuar como intermediario y para moverse por todo el mundo, como tapadera, tiene su Golden Tour Operator.

—Ha hablado usted demasiado, Savage —gruñó Lauro Piñero. Zarpuña miró a su compatriota y puntualizó:

—Le advertí que su hija se mezcla con gente extraña. A esa Capucine habría que hacerle un interrogatorio a fondo, aunque mejor hubiera sido...

— ¿Que hubiera caído desde lo alto del Hilton-Solimar? — preguntó Savage, muy sarcástico.

—Es usted demasiado mordaz.

—No le van a dejar salir vivo de aquí, ¿verdad? —preguntó Herr Montpierre, que aún no había recobrado el color de su rostro.

Savage se vio rodeado por cañones de rifles automáticos y pistolas. No tenía escapatoria, se había metido él mismo en la boca del lobo.

— ¡Martin!

—Sí, señor Piñero —respondió, adelantándose uno de los que habían estado en el *jeep* y que llevaba sombrero tejano.

—Llévatelo con los otros.

—Sí, señor Piñero, pero ¿y si se pone tonto?

—Dadle hasta que se convenza de que aquí se hace lo que yo mando, y si lo matas...

Zarpuña exigió:

—Quítenle las armas.

—Yo no llevo armas.

—Levante las manos —ordenó Lauro Piñero.

M. P. Savage se encogió de hombros y alzó las manos con mucha pasividad. Lo cachearon y el que lo hizo, dijo:

—Es cierto, no lleva ni un mal cortaplumas.

—Es usted un ingenuo —observó Lauro Piñero, despreciativo—.

Viene a mi palacete, me escupe todo lo que sabe, encima, va sin armas ni. escolta. ¿Acaso creía que lo íbamos a dejar marchar tan tranquilo? Vamos, Martín, ponedle las esposas y lleváoslo.

— ¿Y mi coche? —preguntó Savage.

—Las llaves —exigió Piñero.

Savage se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero con dos llavines, lanzándoselo por el aire. Lauro Piñero lo recogió al vuelo.

—Procuraremos no estropeárselo mientras sea mi huésped, señor Savage —le dijo, sarcástico, mientras Savage era esposado y empujado hacia el *jeep,* donde fue introducido en el asiento posterior, entre dos hombres armados.

El *jeep* se metió entre los árboles.

Savage deseó que Capucine, que evidentemente estaba en peligro, pudiera verle a distancia, mas no hubo suerte. Imaginaba que cuando la muchacha apareciera le dirían que él se había marchado.

La sorpresa para Lauro Piñero iba a ser cuando intentaran llevarse el poderoso y blindado «Daymio». Las llaves que le había entregado no eran buenas, con ellas no podría ni abrir el coche que, al dar un portazo, se cerraba automáticamente.

Rodaron tres o cuatro millas por el cuidado bosque, dirigiéndose hacia el muro recubierto de hiedra. Había un seto de tuyas y entremedio de ellas, una puerta custodiada por un hombre con uniforme de guarda y armado con un rifle.

Abrieron la puerta, el *jeep* cruzó el muro y la puerta se cerró a su espalda, mas no habían salido de la propiedad de Piñero.

Allí crecían muchos árboles, pero la tierra no estaba tan cuidada. Pasaron un área que parecía un vivero de árboles y divisaron un amplio almacén de ladrillo de obra vista, que podía ser un gran invernadero para plantas exóticas.

El hombre que conducía el *jeep* tocó el claxon y abrieron la puerta del supuesto almacén mientras ladraban unos perros.

El *jeep* penetró en el recinto y la puerta volvió a cerrarse. Era una puerta de gruesa madera, reforzada con muchos herrajes, que le daban una gran solidez.

—Hemos llegado —le dijo Martín, el tipo del sombrero tejano.

—Parece que está vacío —comentó Savage.

No estaba vacío. Allí había como dos docenas de tapas circulares de rejas, esparcidas por el suelo y que cubrían otros tantos pozos.

—Abajo, amiguito, has llegado a tu destino. ¿Sabes lo que es esto?

—Huele mal aquí; imagino que éste es un lugar desagradable.

—Exacto, un lugar desagradable donde queda retenida la gente que desaparece de la circulación, gente que estorba.

—Y si estorban, ¿por qué no los matan?

—En ocasiones hace falta interrogarlos, ejercer ciertas presiones a sus familiares u otras cosas que interesan a Zarpuña. Tú vas a ocupar uno de los apartamentos; lástima que tengan dos metros y medio de profundidad y un diámetro algo superior a un metro. Son muy incómodos para dormir; en realidad, se cavaron los pozos y se introdujeron tuberías de hormigón armado. La celda es el propio interior de esos tubos, colocados en vertical, con una reja en la parte superior.

Si orinas, espera a que la tierra se trague el orín antes de sentarte de nuevo. No es muy sano, pero no hay peligro de contagio si se pilla una enfermedad, pues cada celda-pozo está bien separada de las otras. A algunos los hemos sacado muertos, se ahorcan en cuanto nos descuidamos, por eso les quitamos el cinturón y cualquier otra cosa.

— ¿Me vais a meter en el pozo con las manos esposadas?

—Pues, no sería mala idea, pero luego, para comer y para todo, tendrías muchos problemas. Quitadle las esposas —ordenó Martín.

Savage miró hacia lo alto de la puerta y vio una cámara de televisión.

En torno suyo, los perros ladraban agresivos mientras uno de los celadores de aquellos prisioneros ilegales se dirigía a un pozo y levantaba la tapa enrejada.

M. P. Savage, que había provocado aquella situación y que se había dejado llevar pasivamente, como el más sumiso de los mortales, para ver lo que ocurría, comprendió que si lo introducían en el pozo estaba perdido, jamás saldría de él.

— ¡Auxilio, sacadme de aquí, os lo suplico! —pidió, de pronto, una voz cavernosa, emergiendo entre las rejas de una de las nauseabundas celdas.

Varias voces se unieron a sus súplicas y lamentos.

CAPÍTULO VIII

Lauro Piñero entregó las llaves a uno de sus secuaces y ordenó, tajante:

—Haz desaparecer ese coche.

— ¿Lo despeño?

—No.

—Parece muy sólido, y seguro que está blindado. No me iría mal tener un coche como ése —observó Zarpuña, que tenía ambiciones de poder.

—Tengo entendido que el auto de Savage es un modelo único —dijo el Suizo—. No es de ninguna marca comercial y por las ruedas que lleva, parece capaz de trepar por las montañas.

— ¿Me lo puedo quedar? —preguntó Zarpuña, a Lauro Piñero.

—Ahora no sería conveniente. Ese coche, por ser único, sería fácilmente reconocible y no hay que olvidar que es ciudadano norteamericano y si su embajador busca las cosquillas al Ministerio de Asuntos Exteriores, vamos a tener muchos problemas, especialmente usted, Zarpuña, con el jefe de Seguridad. Recuerde que hasta este momento sólo es adjunto.

Zarpuña carraspeó, molesto.

—Eso se terminará muy pronto si el jefe de Seguridad sufre un tropiezo, por ejemplo, lo secuestran o lo matan. Y veremos qué puede ocurrirle... En cuanto al coche, haciéndole algunas transformaciones en la carrocería, soldándole unos añadidos y repintándolo de otro color, nadie notaría que es el mismo coche.

—Está bien, está bien. Guardadlo en el garaje —ordenó a sus hombres—, pero cubridlo con lonas, nadie tiene que verlo. ¿Entendido? ¡Nadie!

Herr Montpierre se adentró en el palacete. Por su parte, Zarpuña ordenó a uno de sus hombres que avisara para que se acercara su vehículo personal. Lauro

Piñero, tras despedirse de él, se internó también en la casa junto al Suizo.

El tipo encargado de llevarse el «Daymio» comenzó a sudar, no veía forma de introducir la llave en la cerradura de la puerta y aquella cerradura no parecía precisamente endeble. La llave no entraba ni forzándola. Como el llavero tenía dos llaves, probó con la otra que le había parecido debía ser la del contacto. Fue inútil.

Rodeó el coche probando en otras cerraduras, inclusive la de la

doble puerta posterior por la que Ricky, el gigante japonés, solía entrar y salir del vehículo, debido a su gran peso y volumen, para ocupar la butaca giratoria allí instalada.

—Los acontecimientos se han precipitado y no me gusta —rezongó Herr

Montpierre.

— ¡Bah! Ese Savage ya no molestará. Estoy acostumbrado a quitar de la circulación a tipos molestos, tipos que incluso son gente importante en el Gobierno. De las celdas-pozo no escapa nadie, es imposible, y allí dentro se embrutecen y degradan de tal forma que luego te dicen o hacen lo que les pidas, como perros amaestrados.

—Sin embargo, Savage no estará solo, es posible que tenga amigos.

— ¿Se refiere a Capucine?

—Sí, a ella, también.

—Esta noche, la chica asistirá a la cena; mañana le diremos a mi hija que ella se ha marchado. No quiero que se moleste a Vera para nada, ¿comprendido? Para nada.

— ¿Y qué hará con esa Capucine?

—De madruga se la llevarán mis hombres; bueno, ellos querrán divertirse, la chica extranjera es muy hermosa. Les complacerá divertirse con ella en el barracón donde comen. Después se la llevarán lejos de aquí y ya la encontrará la policía. Constará como que fue raptada por un grupo, violada y muerta; no habrá peligro.

— ¿Seguro que no habrá peligro? —inquirió el Suizo—. Me gusta trabajar con el mínimo riesgo y el máximo de limpieza.

—No hay peligro. ¿No ha visto que Zarpuña está conmigo?

—De todos modos, prefiero adelantar la operación.

— ¿Adelantarla?

—Sí.

— ¿Cuándo?

—Ésta noche.

— ¿Esta noche, no es muy precipitado?

—No. Un par de hombres y una mujer de mi confianza, una azafata, bueno, fue azafata y ahora sigue siéndolo, pero es algo más, vendrán a contar el dinero. Esta noche traeremos un furgón y en él cargaremos el dinero.

— ¿Y luego?

—La forma de sacarlo del país es cosa mía. Sus riesgos terminan cuando yo le firme a usted los documentos por los cuales me hago cargo de los millones.

—Bien, bien, si ése es su plan —aceptó Lauro Piñero.

—Créame, sé lo que me digo.

— ¡Señor Piñero, señor Piñero!

— ¿Qué diablos pasa? —gruñó, volviéndose hacia la puerta en la que acababa de aparecer uno de sus hombres, con el llavero y las dos llaves en la mano.

—Estas llaves, señor Piñero...

— ¿Qué pasa con las llaves, ahora?

— ¡Que no son las de ese coche!

—Estúpido, ¿cómo no van a ser?

—Señor, le juro que he probado de todas formas y no corresponden. Ese coche es como un tanque, no hay forma de abrirlo como no arremetamos contra él con un pico y aun así, me temo que no sería demasiado efectivo. Los cristales también parece que son de blindaje.

—Un momento, Herr Montpierre, este hombre es tonto, ahora vuelvo.

De un manotazo, arrebató las llaves a su secuaz y salió del palacete. Molesto por lo que estimaba incapacidad de su subordinado, intentó abrir el «Daymio», mas tuvo que convencerse de que Savage se había burlado de ellos.

Por su parte, Zarpuña ya se había marchado con sus hombres del palacete de Piñero.

* * *

Los dos magníficos caballos trotaban entre los árboles del bosque particular de los Piñero. El cabello de las jóvenes educadas en Suiza flotaba al aire, una cabeza rubia, la otra morena, ambas muy hermosas.

—Tu amigo es muy interesante, Capucine.

—Lo es —asintió—, y tú tienes unos caballos estupendos.

—Los caballos se compran con dinero cuando se tiene, como mi padre, pero un amigo como ese Savage...

—Dicen que los hombres también se venden, aunque Savage no tiene aspecto de venderse. He oído decir que muchos lo han intentado, ofreciéndole millones, y no lo han conseguido.

— ¿Estás segura?

—Por lo menos, convencida.

—Lo admiras, ¿verdad? —preguntó, mientras ambas disminuían el trote de sus monturas.

—Sí.

—Yo no estaría tan convencida; el dinero lo puede todo.

— ¿Es lo que dice tu padre?

— ¡Sí...! —se rió mostrando unos dientes grandes, agresivos y a la vez, muy sensuales.

Vera tenía que ser una mujer todo placer. El fuego de la sensualidad le salía por los ojos, la boca y la respiración de la nariz.

—Yo no opino lo mismo. Savage no pretende enriquecerse; si lo deseara, ya sería millonario.

— ¿Y acaso no le gusta vivir bien? Se aloja en buenos hoteles y lleva coches lujosos.

—No es así como lo dices.

— ¿Ah, no? ¿Cómo es, entonces?

—El usa un coche que sea potente y fiable, pero no tiene por qué ser lujoso. El vive bien, pero no amasa dinero, el dinero lo destina a Liberty Garden.

— ¿Su finca?

—No. Liberty Garden es como un colegio mayor, una especie de universidad para budokas.

— ¿Y es suya?

—El la mantiene.

—Pues, recogerá mucho dinero con ella.

— ¡Oh, no!; no cobra nada. Sé poco acerca de su Liberty Garden, pero los que van allá son muchachos escogidos por Savage y se perfeccionan en técnicas orientales.

—Vaya, como un campo de *hippies.*

—Yo creo que no, pero si tú lo piensas así —se encogió de hombros ligeramente—. Sería inútil seguir hablando porque yo no podría explicar bien algo que no he visto.

—Me parece, Capucine, que tú te crees todo lo que ese Savage te dice.

—Es cierto.

— ¿Con qué voz te lo cuenta y en qué momentos; en la cama?

—No seas indiscreta, Vera.

Llegaron a un pequeño pabellón de caza cuyos muros ocultaban, en parte, grandes flores de hibisco, color malva. Vera desmontó y Capucine la imitó.

—Entremos y tomaremos algo fresco, ¡hace tanto calor aquí! Solimar es muy diferente de Suiza, ¿verdad?

—Sí, un poco.

Vera se movió por el pabellón de caza con naturalidad. Preparó unos refrescos y entregó un vaso a Capucine que, al llevárselo a los labios y probarlo, comentó:

—Es muy fuerte esto. ¿Qué has puesto aquí dentro?

—Bébetelo y verás qué bien te sienta.

Vera se había situado delante de ella y con familiaridad le puso una mano en la cintura mientras sostenía su vaso con la otra mano. No cesaba de mirarla a los ojos, hasta tal punto, que a Capucine comenzó a molestarla.

—No habrás puesto drogas aquí dentro, ¿eh?

— ¿Drogas? —se rió—. Lo cierto, Capucine, es que me educaron muy sofisticadamente en Suiza, pero aquí, en la finca de mi padre, me aburro, por eso te invité para que vinieras. Tú eras mi mejor amiga en el internado de Suiza.

— ¿Y no tienes amigos, aquí? Me refiero a algún hombre que te guste más que otros.

—Verás, te voy a descubrir un secreto; pero, ¿por qué no bebes?

—No tengo sed.

—Embustera, lo que ocurre es que no te fías de mí.

—No, no es eso, pero...

— ¡Anda, bebe! —La sacudió, cogiéndola por la cintura.

—Está bien.

Bebió parte del contenido del vaso, a regañadientes. Vera la miraba y reía ligeramente.

—Nos divertiremos mucho, ya verás.

— ¿Cómo?

—Capucine, he descubierto algo raro en mí, algo en lo que no había pensado antes.

— ¿Ah, sí, y qué es?

—Pues, que siempre me había gustado ser más amiga tuya que de ninguna otra chica.

—Eso ocurre, a veces.

—Es que tú me gustas, Capucine, me gustas.

— ¿Cómo? —exclamó, parpadeando asombrada.
—Me temo que soy bisexual. No es que no me gusten los hombres, posiblemente me casaré pronto con el hombre que mi padre escoja; aquí, entre la gente de mi categoría social, es así y le haré feliz, pero también me he enamorado de ti.
—Estás tonta, Vera. Lo que pasa es que te aburres mucho y se te han metido ideas muy retorcidas en la cabeza.
Vera rió, se bebió todo el contenido del vaso y después, sin dejar de reír, enrojeciéndosele los ojos, casi gritó:
— ¡Estoy enamorada de ti, Capucine! ¿Es que no te has dado cuenta?
Trató de besarla. Capucine reaccionó con presteza y se echó hacia atrás, desprendiéndose de Vera a la que arrojó el contenido del vaso a la cara. Después la abofeteó por dos veces.
— ¿Por qué me pegas, si yo te quiero?
— ¡No quiero saber nada de tus perversiones, Vera, yo me voy!
—No, Capucine, tú te quedas, te quedas conmigo. Le diré a mi padre que te dé dinero. ¿Cuánto quieres? ¡Dímelo! ¿Cuánto quieres? ¡Dímelo y te lo daré, pero quédate conmigo, estoy sola, muy sola!
Capucine salió del pabellón y montó en el caballo con el que llegara hasta allí. Lo puso al galope, alejándose por la alfombra verde que tapizaba todo el bosque particular.
Vera Piñero no la siguió, se quedó en el pabellón de caza.
Capucine se sintió mal, tuvo deseos de gritar y sollozar y sólo una palabra salió por su garganta:
— ¡Savage, Savage, Savage! —repetía, mientras el caballo galopaba entre los árboles.
La joven deseaba que Savage volviera a salvarla de aquel profundo malestar que sentía, como ya hiciera la noche anterior.
Se sentía mal, muy mal. Veía pasar los árboles junto a sí y ya no conducía al animal, era el caballo quien la llevaba a ella por donde mejor le parecía, sin disminuir el galope.
Notó que las mejillas se le encendían y su visión se hacía más policroma y excitada, desfigurando la realidad.
— ¡Maldita, maldita, habías puesto droga!
Capucine sólo había tomado un tercio del vaso, pero Vera se lo había bebido entero y por ello tuvo que quedarse en el pabellón de caza. En aquellos momentos, la aburrida e insatisfecha Vera sería esclava de sus vicios, de sus perversas pasiones, mientras Capucine seguía galopando cada vez más inclinada hacia delante hasta agarrarse al cuello del caballo, suplicándole:
—Párate, párate, párate...
Todo retumbaba en sus oídos, era como si hubiera metido la cabeza dentro de un tambor furiosamente aporreado.

Tuvo vértigo, sintió que se caía y ya no vio nada. Se sumió en un mundo de tinieblas oscuras y desagradables.

CAPÍTULO IX

El llavín se introdujo en las esposas que sujetaban las manos de Moses P. Savage a su espalda. Le quitaron las anillas de acero y, de forma inesperada, altamente sorpresiva para aquellos seis hombres bien armados y secundados por dos eficaces perros, Savage entró en acción.

Ninguno de aquellos vigilantes, secuaces a sueldo de Piñero y Zarpuña, podían ni llegar a imaginar que un hombre desarmado, con las manos limpias, se enfrentara a ellos.

Tenía a dos de aquellos hombres situados a derecha e izquierda. Savage prolongó sus manos, dobló los codos y disparó sus puños hacia atrás en formidable e impresionante *uraken.*

Los antebrazos habían quedado verticales, basculando en el juego de los respectivos codos y el dorso de cada una de las manos dio en el rostro de los dos vigilantes. A uno de ellos le alcanzó en nariz y boca, aplastándoselas, partiéndole la boca y al otro, nariz y ojo. La sangre salpicó su rostro mientras aullada de dolor, derrumbándose.

M. P. Savage sabía bien que su única posibilidad radicaba en la rapidez del ataque Por ello, de forma demoledora, sin contemplaciones, debía emplearse en la técnica del *Tae Kwon Do,* la idónea para salir de una situación como aquélla si es que era posible escapar con vida.

Se volvió sobre su pie izquierdo y aplicó un *ushiro-geri* a uno de los que sostenían un rifle entre las manos. El golpe con el tacón del zapato fue contundentísimo. Se escuchó un «crash» que sobrecogió a los otros presentes.

La mandíbula se partió en varios pedazos mientras el hombre, con los ojos en blanco, se derrumbaba. En apenas dos o tres segundos, había puesto a un hombre totalmente fuera de comísate y a otros dos los dejó sin saber dónde estaban, sangrando por la cara. Uno de ellos ya no veía y sí aullaba de dolor, desesperadamente.

Los perros se excitaron y ladraban, furiosos y agresivos, contra Savage, halando de sus cadenas. Precisamente, a los vigilantes aún no los había atacado.

A quien Savage atacó a continuación fue a Martín, el hombre del sombrero tejano y cara provocativa, arrogante y sonrisa cínica, una sonrisa que quedó borrada de un *hiraken...*

El puño zurdo de Savage, con todo el cuerpo detrás, se metió en un pómulo derecho, partiéndolo y desprendiéndose el ojo hacia abajo,

causándole una dolorosísima diplopia, por lo que Martín se quedó viéndolo todo doble y en planos diferentes.

Soltaron a uno de los perros que recibió el *ashigatana* en el hocico. El animal no pudo cerrar sus mandíbulas en torno al pie de Savage y, en cambio, éste logró asestarle la patada en el hocico, justo entre los dientes del maxilar superior y la nariz.

Los colmillos del animal se desprendieron, mientras la mandíbula se hundía. El doberman quedó tendido, muerto instantáneamente, mientras el vigilante se echaba el rifle a la cara.

Savage voló materialmente en plano horizontal y con las piernas encogidas. Disparó éstas, alcanzando el pecho del guardián armado, y sus costillas se hundieron contra sus pulmones y corazón. Hizo un disparo por puro reflejo nervioso mientras un súbito y violento vómito de sangre le obligaba a inclinarse hacia delante, lo cual le valió caer al suelo sobre el perro, donde quedó tendido.

El otro vigilante soltó, también, al perro mientras él trataba de alcanzar a Savage con un culatazo que sólo le peinó. Por contra, Savage le aplicó una *tegatana* por entre el rifle y debajo del cuello que le reventó la faringe.

Savage cayó de pie y de un taconazo en el plexo solar, lo puso fuera de combate por completo mientras esquivaba la dentellada del doberman, el cual se llevó un mazazo sobre su cráneo, que estalló. El *kentsui* cayó de arriba abajo con el puño cerrado, como un martillo.

Uno de los que había recibido el *uraken* trataba de alcanzar la puerta, mas Savage no le dejó llegar a ella. Saltó por el aire, aplicándole una patada voladora con el pie derecho que le alcanzó de lleno. El fugitivo, empujado hacia delante, se dio de cabeza contra la pared y allí se escurrió hasta llegar al suelo donde quedó tendido.

Sólo vio a uno de aquellos hombres bastante entero todavía; estaba de rodillas y Savage, sin más, le aplicó un perfecto *ipponken* en la nuca, que lo apuntilló.

Quedó quieto, respirando profundamente. Se dio cuenta de que no había lanzado ningún *kiai,* aquellos *kiai* silenciosos qué él poseía, unos *kiai* que, en ocasiones, congelaban a sus enemigos. Todo había sido endiabladamente rápido...

Ahora, en torno suyo, yacían seis hombres y dos perros. Savage sabía que eran vigilantes, sicarios a sueldo, mas ninguno de ellos estaba preparado para pelear con las técnicas orientales y aquella forma de lucha les había sorprendido.

Tenían perros y estaban armados, pero nada habían podido contra aquel vendaval humano con técnicas de *Tae Kwan De* y Karate en que se había convertido Moses P. Savage.

Se volvió de nuevo, esta vez para mirar hacia lo alto. Clavó sus ojos en la cámara de televisión allí situada, con control de

movimientos remoto, de modo que a través de ella y posiblemente desde el palacete, podrían ver lo que allí sucedía y con mucho detenimiento.

Tomó un fusil, lo asió por el cañón y dio un salto. Con la culata, rompió la cámara televisiva de modo que quien estuviera al otro lado de los cables no vería nada.

— ¡Por favor, por favor, Sáquenme de aquí! —suplicó una voz. Y de nuevo se elevó un coro de gemidos y quejas.

Uno de los vigilantes tenía un manojo de llaves en su cinturón y Savage lo tomó rápidamente.

—Tranquilos —pidió, acercándose a una de las tapas en forma de rejas que cubrían los pozos-celda.

Abrió el grueso candado y levantó la tapa. El hedor que emergía del fondo era casi insoportable. Unas manos y unos brazos casi esqueléticos se elevaron ansiosamente. Savage se inclinó hacia el interior; asió las manos con su diestra y alzó al prisionero, sacándolo de su encierro.

— ¡Gracias, gracias, Dios mío, gracias! —casi sollozó aquel hombre.

Savage sintió una profunda lástima por el ser que acababa de liberar, un hombre que vestía andrajos y tenía los cabellos y una luenga barba gris parda. Tenía la piel pegada a los huesos y su aspecto era lamentable; lo habían reducido a aquella situación, mediante un encierro inhumano.

—No sé quién eres ni hace falta que me lo digas, eres libre, pero ándate con cuidado cuando salgas de aquí. Si te ven correr es posible que te maten.

— ¿Quién eres tú?

—Un amigo de los oprimidos. Antes de marcharte, ayúdame; abriremos las otras tapas y yo iré sacando a tus compañeros.

Abrió el segundo candado y liberó a otro prisionero. Aquel hombre pareció reconocer al primero y ambos se abrazaron; también quisieron abrazar a Savage, agradecidos y emocionados.

—Vamos, vamos, abran las demás tapas, no tenemos tiempo que perder,

—¡Es que yo llevaba más de dos años en ese pozo! —sollozó uno de los recién liberados.

Abrieron las dos docenas de tapas y Savage consiguió sacar a los diecisiete hombres que se hallaban hundidos en aquellos pozos inmundos.

Los había en tal estado, que Savage pensó que iban a vivir muy poco tiempo; se veían prácticamente acabados, pero también había dos que se veían muy fuertes y enteros, su encierro debía ser reciente. Aquellos dos hombres, tras ver a los seis secuaces de Piñero

aniquilados, lo mismo que a los dos perros, se acercaron a Savage para preguntarle:

— ¿Cuántos han venido a libertarnos?

—Sólo yo y, la verdad, es que no sabía que estuvieran ustedes aquí, no les conozco. Yo no me meto en las respectivas políticas de cada país.

— ¿Usted solo? ¡No puede ser! —exclamó el otro, mirando atónito los cuerpos derribados.

—Se lo crean o no, así es. Me han traído aquí y les recomiendo que se alejen como puedan, antes de que les descubran. No sé por dónde se sale, no conozco este lugar.

—Nos llevaremos el *jeep* —dijo uno de ellos.

—Los que estén mejor, que escapen andando y los que estén peor, que suban al *jeep*

—recomendó Savage.

Diez subieron al *jeep* y siete fueron a pie tras el vehículo, pertrechados con las armas que habían quedado en el suelo o en los cuerpos de los vigilantes derribados por Savage.

— ¡Eh, usted!, ¿cómo se llama? —interpeló uno de los recién liberados.

—Moses Pacific Savage.

—Si algún día tiene problemas, cuente con nosotros.

— ¿Y quiénes son ustedes?

—Los que luchamos por un nuevo Solimar sin corrupción.

—Eso es suficiente, ¡Suerte!

— ¿No viene con nosotros?

—No, yo tengo que recuperar mi coche, aunque está en un lugar difícil. Se despidieron con emocionados apretones de manos.

Savage les vio alejarse por un camino montañoso que no llevaba precisamente hacia el muro de la finca de Piñero. Deseó que salieran de aquel trance, iban bien armados y si alguien les salía al paso, lo iban a pasar mal, muy mal... Aquellos hombres habían sido torturados, degradados, humillados hasta la infamia y físicamente arruinados; si se hallaban resentidos, estaban en su derecho.

Savage anduvo en dirección al muro. Cuando lo divisó a lo lejos, se apartó del camino que había quedado marcado por las rodadas del jeep. No quería tropezarse con el vigilante de la puerta.

El muro era considerablemente alto, mas en aquella zona no estaba reforzado por cables eléctricos ni nada que se le pareciera, pues la parte exterior del muro también pertenecía a Piñero y suponía que algo lejos se encontrarían otras alambradas de protección para que nadie pudiera llegar hasta aquel lugar.

Midió el muro con la mirada.

Se apartó de él, tomó carrerilla y se lanzó contra la pared. Antes

de llegar a ella, saltó, elevándose en el aire y colocando sus pies sobre el muro como si se dispusiera a caminar por él hacia arriba. Trepó materialmente hasta que logró montar sus manos sobre la parte alta del muro. Después, con una gran facilidad, se elevó sobre sí mismo. Montó a caballo sobre la pared y de allí, saltó al otro lado.

Pisó la alfombra de hierba bien cuidada, entre la cual nacían los troncos de los árboles, desbrozados de ramas bajas que pudieran estorbar o constituir un peligro para quienes practicaran la equitación en aquel bosque particular de la finca de Piñero.

Avanzó entre los árboles en busca de la casa, cuando un ruido le puso en tensión. Quedó quieto y a lo lejos descubrió un caballo con las bridas sueltas y sin jinete sobre su silla. Frunció el ceño, buscó con la mirada en derredor y no vio a nadie, por lo que decidió acercarse al caballo moviendo sus manos y brazos de una forma muy especial que había aprendido en la China.

El equino le miró; quedó quieto, tranquilo, como comprendiendo que aquel hombre no le iba a hacer ningún daño.

Le acarició el cuello y volcó en su oído unas voces extrañas que más parecían salir de otro caballo. Después, montó sobre la silla y avanzó por el bosque, cuando descubrió algo blanco caído en el suelo.

— ¡Capucine!

CAPÍTULO X

Capucine se sentía tendida en una cama ancha y redonda, una cama que semejaba helada al contacto de su espalda, manos, nalgas y piernas, pues la joven se veía desnuda y tenía un frío atroz, un frío que hacía castañetear sus dientes.

Alrededor de la cama todo se fue tiñendo de rojo y semejaron aparecer altas y voraces llamas. Era como si aquella cama redonda estuviera colocada en medio de una gran hoguera; sin embargo, la cama seguía estando helada y el frío y el calor la estremecían y encendían su cuerpo desnudo. Sus pechos se erguían hacía lo alto mientras las manos trataban de agarrarse a la cama casi arañándola.

Entonces, vio aparecer entre las llamas la figura de un hombre muy masculino, de ojos intensamente verdes que se clavaban en ella y la encendían aún más.

—Savage, Savage, Savage… —balbució.

El hombre cruzó las llamas, como dominándolas sin miedo, sin que le pudieran quemar porque él era superior al fuego, como un dios mítico.

Se arrodilló sobre la mujer, extendió sus brazos y Capucine sintió que el calor era más intenso y que toda su piel adquiría un brillo ligero, un brillo que era una suave película de sudor.

Se sintió alzada en el aire y se agarró al cuello del hombre buscando refugio en su pecho.

Notó que estaban galopando, que el movimiento ascendía y descendía… Hacía calor y había mucha luz, la notó a través de sus párpados cerrados.

Abrió los ojos y vio el sol, un cielo nítidamente azul y las copas de los árboles y el suelo, todo verde gracias a un intenso cuidado de una brigada de jardineros.

—Savage…

— ¿Estás bien, Capucine?

—Savage, ¿qué me ha pasado?

—Te he encontrado en el suelo; has debido caerte y no había nadie cerca de ti.

—Estoy cansada, Savage, muy cansada —casi gimió.

—Vamos a tener problemas, Capucine.

— ¿Problemas? —repitió, sin comprender.

—Sí, hay que salir de esta finca y no va a ser fácil.

— ¿Por qué?

—Porque ellos quieren asesinarte, y a mí también.

— ¿Asesinarme?

—Sí. Ellos son los que te lanzaron al vacío para que te destrozaras contra los acantilados. Esos tipos, Piñero, Zarpuña y Herr Montpierre, forman un colectivo de lo más repugnante, ya te contaré —le dijo al divisar los muros del palacete. Detuvo el caballo sobre el que montaban, y preguntó—. ¿Podrás andar? Parece que no te has roto nada.

Capucine anduvo sobre la hierba.

—Creo que estoy bien; tengo dolores, pero puedo andar.

Caminaron junto a la pared y así llegaron a la fachada principal donde vieron a un vigilante.

—Aguarda.

M. P. Savage cerró los ojos durante unos instantes y movió todos sus músculos sin levantar las plantas de los pies del suelo. Una vez realizada aquella preparación, anduvo hacia el vigilante como si no fuera un ser real, pues no producía el más mínimo ruido. Parecía tener los zapatos almohadillados como las patas de un felino.

No perturbaba ni el aire con su avance y no miraba al guardián para que sus pupilas no pudieran inquietarle. El caso es que llegó junto a él sin que el centinela se hubiera percatado de su presencia, como si Savage hubiera sido un ser invisible.

Ya junto a él, le aplicó un *ipponken* de Karate en la sien o *Komekami.* El vigilante quedó sin sentido sin dar el más ligero respingo. No llegó al suelo, pues las manos de Savage se lo impidieron. Lo cogió, lo arrastró y lo situó junto a la pared, en la fachada principal donde le aguardaba Capucine.

— ¿Cómo, cómo puedes hacerlo? —le preguntó la muchacha, llena de asombro.

—Es la técnica de pasar desapercibido. Es muy difícil de día, los legendarios *Ninja* lo conseguían de noche; pero, no es momento de hablar.

El gran «Daymio estaba ante la pérgola, como esperándoles.

No se lo habían podido llevar y sus puertas seguían cerradas. Lauro Piñero había decidido que uno de sus hombres iría a ver a Savage al encierro que le había destinado y tomaría las llaves adecuadas, no hacía falta estropearlo.

—Ven conmigo.

La tomó de la mano. Sin subir a la pérgola, se acercaron al coche. Savage sacó unas llaves y abrió el vehículo por la parte opuesta a la casa. Se introdujeron en él y Savage cerró la puerta con cuidado. Puso el motor en marcha, un motor silencioso que obligó a las ruedas a girar.

Nadie se dio cuenta de que el poderoso «Daymio» se alejaba del palacete por el bosque en dirección a la salida, como lo más natural del mundo.

Llegaron frente a la verja. El vigilante no parecía saber nada y el *jeep* estaba muy lejos, sólo los prisioneros recién liberados sabían dónde.

El vigilante franqueó la puerta y el «Daymio» salió de la finca dé Piñero con la mayor normalidad; el guardián, como se trataba de salir y no de entrar y no le habían dado órdenes preventivas en contra de los visitantes, no tuvo la precaución de telefonear a sus jefes que se hallaban en el palacete, a tres kilómetros de distancia.

El coche se alejó por el asfalto de la carretera que tenía dirección norte por el bello y soleado país de Solimar.

* * *

A aquella cena en el palacete de Lauro Piñero había sido invitada gente importante del país, gente que veía llegar con inquietud el final de su sistema político en el que todos ellos se habían enriquecido e incluso amasado una fama de gente honesta y caritativa, pues habían dado infinidad de fiestas benéficas al final de las cuales lo recaudado se entregaba a los menesterosos; claro que la cifra conseguida no llegaba ni a pagar un par de servicios ofrecidos en la cena, pero la fiestecita había resultado magnífica y era un buen pretexto para que aparecieran fotografías de sus organizadores, en la Prensa. Los apologistas de turno ya se encargaban luego de subirlos a los mismísimos altares y hasta se les habían otorgado medallas y condecoraciones por tan insignes manifestaciones de caridad y filantropía. Incluso se comentaba que tales medallas eran costeadas por suscripción popular entre grupos de asilados, huérfanos, etcétera, etcétera.

Aquella noche, la fiesta también se había convocado bajo el pretexto de beneficiar a alguien; nadie sabía exactamente a quién, pero tampoco importaba porque, al fin y a la postre, nunca salía nadie beneficiado.

Los amigos de Lauro Piñero, verdaderos colegas en el trabajo de amasar millones, estaban allí para ser presentados a Herr Montpierre y mantener algunos contactos supuestamente sociales y hasta turísticos.

El ayudante del suizo, Arthur Hacker, mientras Paolo Milano se movía con discreción, vigilando, tomaba nota de nombres y direcciones.

Zarpuña llegó más tarde acompañado por tres de sus guardaespaldas, uno a su derecha, otro a la izquierda y el tercero detrás, todos más altos que él, por si a alguien se le ocurría la poco

feliz idea de dispararle un tiro.

Zarpuña tenía el ceño fruncido y expresión de malhumor. Lauro Piñero también lo estaba, aunque disimulaba ante sus invitados.

— ¿Cómo ha ido eso? —preguntó Piñero en voz baja, muy discretamente.

—Mal, no aparecen por ninguna parte, es como si se los hubiera tragado la tierra.

— ¿Cómo han podido esfumarse dieciocho hombres?

—No lo sé. Han seguido las rodadas del *jeep,* pero cuando se han metido en el asfalto, se acabó el rastro y yo no puedo dar una orden general de busca y captura, porque a esos hombres no los busca la policía.

—Comprendo, pero son peligrosos. Ese Savage es un auténtico diablo, hasta se llevó su coche.

—Siempre he pensado que tenía usted unos vigilantes bastante idiotas —se quejó

Zarpuña, adjunto jefe de seguridad.

—Ha sido una sorpresa y luego, tres guardas forestales de mi finca han sido muertos a tiros por disparos de esos fugitivos. ¿No habría forma de acusarlos por ese motivo y que los buscara toda la policía nacional?

—En este momento de inseguridad política es preferible no cometer una equivocación de ese calibre, Piñero; podríamos pagarla muy cara, si el jefe de Seguridad y los mandos de las fuerzas armadas se preguntan por qué mantenía retenidos a esos hombres en su finca.

—Doce de ellos eran prisioneros de usted —puntualizó Piñero.

—Pero, estaban aquí.

Lauro Piñero carraspeó, molesto. Zarpuña le podía dejar en la estacada si la situación se ponía fea. Herr Montpierre se les acercó, entonces, sonriendo a la inglesa, es decir, con frialdad.

— ¿Cómo va todo, señor Zarpuña?

—Mal, muy mal, no los hemos encontrado. Piñero carraspeó.

— ¿A quién no han encontrado? —insistió el Suizo, sin comprender.

— ¿A quién demonios va a ser? A esos fugitivos, a Savage y a la chica rubia.

Herr Montpierre se encaró con Piñero, que había palidecido.

—No me había contado que hubieran escapado.

—Bueno, no deseaba causarle más preocupaciones...

— ¿Y la ausencia de su hija Vera? También es muy rara, ¿no?

—Ella sólo se encuentra indispuesta, ha tomado una fuerte dosis de fármacos, pero se recuperará.

—De modo que Savage anda suelto por ahí, ¿eh? —rezongó el Suizo, ensombreciendo su rostro.

—No hay que temer nada, controlamos la situación perfectamente.

— ¿Es cierto lo que dice Piñero, señor Zarpuña?

—Bueno, no creo que un hombre solo pueda hacer nada…

—De todos modos, adelantaremos la operación. ¿Puede usted hacer que me den el permiso de salida del aeropuerto al amanecer?

—Sí, pero ¿y su pasaje? —preguntó Zarpuña.

—Mi pasaje no importa, ya tiene a sus guías turísticos que los llevan de un lado para otro. Sólo será un viaje técnico; mi avión partirá al amanecer en dirección a Europa y regresará el día antes de que acaben las vacaciones de mis turistas. La Golden Tour Operator siempre cumple con sus clientes.

Despidieron a Zarpuña que se dirigió al aeropuerto. Por su parte, Lauro Piñero condujo a Herr Montpierre por una puerta secreta de su palacete hasta un sótano donde había una caja fuerte gigante, con luz interior. Estaba abierta, quedando a la vista unas estanterías metálicas repletas de billetes que iban siendo metidos en baúles. Allí había varias personas, gente del Suizo y gente de Lauro Piñero.

— ¿Todo bien? —preguntó Herr Montpierre. Le respondieron afirmativamente.

—Voy a confiar en su palabra, señor Piñero.

— ¿Qué quiere decir?

—Que no perderemos más tiempo contando los billetes.

—Como prefiera. Usted se hace cargo de los millones y me entrega los documentos acreditativos conforme el dinero está en el Banco.

—Eso es. Ya sabe que operar conmigo ofrece una gran ventaja; yo entrego la documentación acreditativa en el propio país donde recojo el dinero.

—Pues, vamos a mi despacho.

—No.

— ¿Cómo?

Herr Montpierre suavizó su rostro, mas no dejó de mostrarse irónico.

—Se la daré en mi avión. No puedo correr riesgos, máxime ahora que me veo obligado a acelerar el trabajo por las circunstancias que todos conocemos. De modo que yo me voy a ir con mis hombres; un par de los de usted nos pueden acompañar y a las cinco de la mañana en punto, usted, que ya se habrá librado de sus invitados, se presenta en el aeropuerto. Le aguardaré en mi, «Caravelle»; allí, a punto de despegue, me sentiré seguro. Comprenda que he de tomar mis precauciones, nunca se sabe lo que puede ocurrir y hay muchos millones en juego.

—Está bien —aceptó Piñero, con un tenue suspiro—. Nos

veremos en su avión, pero no se le ocurra intentar despegar sin darme los recibos. Zarpuña sabe muy bien cómo derribar un avión que trata de despegar y los hombres que le obedecen están apostados en el aeropuerto con armas antiaéreas. ¿Comprendido? Lo digo para que no crea que está tratando con vulgares mafiosos.

Acabaron de meter los fajos de billetes, perfectamente empaquetados, en bolsas que

luego colocaban en los baúles preparados al efecto, baúles que pronto se hicieron pesados al albergar tantos y tantos kilos de billetes de Banco, billetes de alto valor.

Lauro Piñero no quiso regresar a la fiesta hasta ver cómo cargaban los millones en un furgón que había hecho llegar el propio Suizo que tenía su negocio de trasvase de millones y fuga de capitales, perfectamente montado.

Herr Montpierre subió a la cabina del furgón y mientras los hombres se situaban entre los baúles, dijo a Lauro Piñero:

—Despídame de la fiesta.

Lauro Piñero vio alejarse hacia la salida aquellos millones que tanto significaban para él, puesto que su conciencia estaba corrompida por ellos.

Sintió una punzada extraña dentro de sí, algo doloroso, como el enamorado que ve a su amada alejarse para siempre.

«No puede llevárselo, es una tontería lo que piensas», se dijo.

Y regresó a la fiesta, dibujando en su rostro la forzada sonrisa de anfitrión.

CAPÍTULO XI

Herr Montpierre no se percató de que su vehículo era seguido a distancia.

Así, llegó a un almacén alquilado donde el furgón se introdujo, cerrando luego sus puertas.

Dentro del recinto había un camión con toldo y en el suelo, contra la pared, ruedas normales de avión comercial.

— ¡Vamos, rápidos, a trabajar! —ordenó el Suizo saltando al suelo.

De inmediato volcaron una de las ruedas y sacaron tubo de plástico de polietileno grueso. Las llantas habían sido separadas convenientemente. Los fajos de billetes entraron en los tubos de plástico que, a su vez, fue introduciéndose en el interior de la cubierta reforzada de caucho sintético.

Una vez llena una de las ruedas y mientras un compresor de aire trabajaba con rapidez, dos hombres, con habilidad, pues estaban entrenados para ello, colocaron la llanta de metal.

Extendieron goma sintética para evitar fugas de aire y terminaron de colocar la cubierta mientras llenaban otra de las ruedas. El tubo del aire comprimido fue acercado a la rueda ya llena de billetes y le inyectaron el aire a presión. La rueda se fue hinchando primero y endureciendo después.

— ¡Herr Montpierre, ésta ya está lista! —exclamó Paolo Milano.

—Cárgala ya en el camión, no hay tiempo que perder, rápido, tenemos mucho trabajo todavía...

Las cadenas de un polispasto bajaron lentamente. Asieron la pesada rueda y la izaron; luego, el polispasto se deslizó por una viga y la rueda fue colocada dentro del camión cuyo toldo había sido retirado.

Cuatro grandes ruedas fueron cargadas con los fajos de billetes. Millones y millones quedaron dentro de las ruedas de avión a reacción comercial.

Herr Montpierre miraba su reloj continuamente, con preocupación. Quería que la operación se realizara aprisa, muy aprisa. El recinto olía a goma y a la vista estaban los baúles abiertos que colocaron de nuevo dentro del furgón, lo mismo que el equipo del compresor.

Herr Montpierre había hecho llegar todo aquel material a Solimar con antelación, todo lo preparaba minuciosamente.

El furgón se quedaría allí, esperando un nuevo envío de millones hacia Suiza, ya que había establecido contacto con varios sujetos más del país que querían practicar el delito de fuga de capitales.

—Poneos los monos de trabajo —ordenó el Suizo.

Sus hombres obedecieron y, poco después, la puerta del almacén volvía a abrirse. El camión, cargado con los hombres y las valiosísimas ruedas, se alejó, sólo quedó un hombre vigilando aquel lugar.

Los faros del vehículo taladraron la noche. Tomó la autopista que conducía al aeropuerto y penetró en él por los servicios técnicos. En la puerta había oficiales de aduana vigilando. Cerca, en el interior de un coche, aguardaba Zarpuña, el adjunto jefe de policía que parecía haber dado ya órdenes precisas y concretas.

Los aduaneros observaron las grandes ruedas de avión y dieron el visto bueno. El camión se introdujo en el campo de aviación y el auto de Zarpuña le siguió a escasa distancia.

El «Caravelle» propiedad de la Golden Tour Operator se hallaba en un hangar separado. El camión se detuvo junto al gran y majestuoso aparato, efectuó unas maniobras y se colocó de forma que pudiera descargar las grandes ruedas sin peligro para nadie.

—¡Vamos, aprisa, descargad y cambiad las ruedas, despegaremos dentro de dos horas! —ordenó Herr Montpierre.

Zarpuña hizo detener su coche junto a la entrada del hangar. Se apeó y él solo se acercó al «Caravelle». Observó, unos instantes, cómo procedían al cambio de las ruedas neumáticas. Aquellos hombres eran unos expertos.

Se dirigió, luego, hacia la cola del aparato. La puerta estaba abierta y salida la escalerilla y por ella subió al avión.

— ¿Cómo va todo, Herr Montpierre?

— ¡Hola, Zarpuña!, por aquí todo va bien. ¿Y el aeropuerto?

—No habrá dificultades.

— ¿Ha advertido a la torre de control de nuestro despegue?

—Sí, le darán pista en cuanto la pida, nadie sospecha nada. Aviones de compañías turísticas despegan y aterrizan normalmente en este aeropuerto.

—Magnífico.

— ¡Herr! —interpeló, de pronto, una voz femenina. Era una azafata pecosa que formaba parte del equipo del Suizo, una azafata de opulento busto. Ahora vestía una bata corta y se notaba que, debajo, no llevaba nada más.

— ¡Caramba, caramba, Herr Montpierre, va usted bien acompañado!

—Es la azafata.

—Sí, ya veo. Se encuentra con ella aquí dentro, ¿eh?

—Tenemos que despegar pronto —observó ella.

—No hace falta que le des explicaciones, querida, es el adjunto jefe de policía de
Solimar.
—Bien, entonces me voy a vestir, puesto que vamos a despegar.
Apenas la chica se había alejado, cuando otro personaje entró en el avión.
—Vaya, veo que estamos todos —rezongó Piñero.
—Sí, está Zarpuña, usted y yo.
— ¿Y los millones? —preguntó Piñero,
—Espero que cuando consiga alcanzar los cargos que ambiciono, sus millones, transformados en divisas extranjeras, vendrán en mi apoyo —dijo Zarpuña.
—No lo dude —asintió Lauro Piñero—. Lo que yo necesito es seguridad para mis propiedades y mi fortuna; si usted me ofrece esa seguridad me encontrará a su lado.
—La verdad, Piñero, no me gusta que se lleve los millones a Suiza, pero como usted me hace favores, yo se los devuelvo. —Se encaró con el Suizo y comentó: Buena idea esa de meter los millones en las ruedas del «Caravelle», Herr Montpierre.
— ¿En las ruedas? —se asombró Lauro Piñero—. ¿Y no habrá peligro?
— ¿Cree que me arriesgaría? —El Suizo sonrió, irónico—. Además, yo respondo con mis propiedades, ante la Banca suiza, hasta que el dinero es depositado en la bóveda del Banco. Usted se quedará aquí, muy tranquilo, con toda la documentación en regla; con ella puede ir a Suiza y vivir a expensas de su cuenta corriente.
—Pues, ¿a qué espera para completar esos documentos?
—Tiene prisa, ¿eh?
—Es que estando el dinero fuera de mi caja fuerte no me siento tranquilo, la verdad.
—Yo les dejo —dijo Zarpuña, alejándose hacia la salida de cola.
—Venga conmigo —pidió Herr Montpierre a Lauro Piñero, indicándole con la mano que caminara hacia su reservado, situado casi a popa. Para ello debían caminar a través de todo el aparato.
En la cabina de mando se hallaban el piloto, el operador de radio y el segundo de a bordo, que estaban en contacto con la torre de control desde la cual preparaban pista.
El campo del aeropuerto estaba cruzado por las luces de los focos, pues todavía era noche cerrada, aunque no faltaba demasiado para que el sol emergiera, rojo y grandioso, por el este, por los horizontes del mar que bañaba parte de la capital de Solimar.
Apareció un tractor de arrastre que enganchó el cable y comenzó a halar del gran
«Caravelle» para conducirlo a pista. Las ruedas va habían sido

colocadas. Los hombres de Herr Montpierre habían dejado las ruedas cambiadas en el camión y ellos se habían internado en el «Caravelle», cerrando la portezuela de popa.

El gran reactor fue colocado a lo largo de la misma, marcando la ruta. El tractor desenganchó y los motores fueron encendidos. Comenzó a oírse un silbido para probar que funcionaban bien. Tras ser calentados, fueron apagados y volvió a abrirse la portezuela de popa por la que descendió Lauro Piñero cuando los focos de un automóvil se acercaban veloces. Piñero pensó que iban a recogerle, mas frunció el ceño cuando al llegar el coche junto a él, se dio cuenta de que no era uno de sus autos, sino el gran

«Daymio».

— ¡Abajo y adentro! —gritó M. P. Savage.

Ricky, Juanito Chancleta y Celaya se apearon rápidamente del vehículo y, en unas pocas zancadas, se introdujeron en el avión.

Savage fue al encuentro de Lauro Piñero, el cual llevaba en su mano un sobre de plástico, conteniendo unos documentos. Piñero intentó desenfundar una pistola que llevaba en la sobaquera por si acaso, un arma pequeña y fácilmente disimulable.

Mientras, a bordo del «Caravelle». Herr Montpierre estaba contento. Todo parecía salir bien, iban a despegar y volar hacia Suiza donde descargaría los millones expoliados al país, de Solimar. Después, regresaría en busca de los cándidos turistas que le servían de tapadera. Más se abrió la puerta y apareció Zarpuña, empuñando una pistola.

— ¡Hola de nuevo, Herr Montpierre!

— ¡Zarpuña! ¿Qué ocurre, por qué esa pistola?

—Van a obedecerme todos. Ya sé que tiene muchos hombres a bordo, pero yo he colocado una bomba de tiempo. Si me obedecen y despegan, la desconectaré, pero si no me obedecen, volaremos todos y no creo que usted quiera morir.

— ¿Qué se propone, Zarpuña?

El adjunto jefe de policía sonrió, sarcástico y maligno, antes de decir:

—Despegaremos y tomaremos tierra en un aeropuerto discreto que yo le indicaré.

Allí, sufrirá usted un ligero retraso antes de volver a despegar hacia Suiza.

— ¿Un retraso, para quitarme las ruedas, quizá?

—Exacto, ¿cómo lo ha adivinado? —se rió Zarpuña, entre dientes.

—Conque pretende quitarme los millones de Piñero, ¿eh?

—Ya no son de Piñero, sino de usted. Piñero tiene su documentación y yo no puedo consentir que se lleve esos millones de

Solimar.

— ¡Es usted un cerdo!

—Unos miles de millones ayudarán a mi promoción; pienso llegar a la jefatura de estado de este país, y esos miles de millones serán decisivos.

— ¿Y si no le obedezco?

—Pues, volaremos todos. Ahora, la bomba hace *tic, tac, tic, tac* y al final, *¡pum!* —

Volvió a reírse.

—Si hace *pum* como dice, usted también morirá.

—Eso parece y correré el riesgo.

Afuera, M. P. Savage, de un contundente *kerihanasi,* hizo saltar la pistola de la mano de Lauro Piñero. La punta del pie cazó la mano de su enemigo, desarmándole. Luego, un *nukite* alcanzó el *niken,* punto entre los ojos y cima de la nariz, haciendo caer a Piñero sobre el duro cemento del aeropuerto.

Savage se inclinó y tomó el sobre de los documentos. Lo abrió y consiguió leerlos en parte gracias a las luces que abundaban, incluidas las de señalización del propio aparato. Sacó un sobre de fósforos y, encendiendo uno, prendió los papeles que rápidamente fueron envueltos por las llamas.

Piñero, que no había sido atacado con contundencia, sino, simplemente, para derribarlo, se recuperó. Al ver los documentos ardiendo gritó desaforadamente, como un loco, extendiendo sus manos hacia ellos.

— ¡Ladrón ladrón, suéltelos, son míos!

Savage sintió una profunda lástima por aquel sujeto que cogió los papeles envueltos en llamas con sus manos, quemándose y gritando, no se sabía si por su piel o por el dinero que se reducía a cenizas, pues sin aquellos recibos nada podría reclamar a la Banca suiza.

Con las cenizas entre las manos, Lauro Piñero corrió de nuevo hacia el avión, metiéndose en él.

Dentro del «Caravelle» luchaban ferozmente Ricky, Juanito Chancleta y Celaya, el cual aplicaba las proyecciones de Judo con nitidez digna del campeón que llevaba en las venas.

Luchar en el interior del avión no era fácil y los hombres de Herr Montpierre fueron retrocediendo hacia la primera clase, empujados por los budokas que dejaban tendidos entre las butacas a los que habían quedado al alcance de sus manos, de sus demoledoras técnicas orientales de lucha.

Enloquecido, Lauro Piñero pasó entre ellos corriendo para buscar a Herr Montpierre, al cual pensaba exigir otros documentos que reemplazaran a los que acababan de quemarse.

— ¡Muchachos, salid! —pidió Savage—. ¡Ahora serán las autoridades quienes se encarguen de ellos!

Ricky, Juanito y Celaya retrocedieron, abandonando el «Caravelle».

Savage se acercó al «Daymio». Con el emisor que llevaba en el mismo, se puso en contacto con la torre de control.

— ¡Atención, atención, aquí M. P. Savage llamando a torre de control! ¡Aquí M. P.!

¡Savage llamando a torre de control, cambio!

—Torre de control a la escucha, torre de control a la escucha, cambio —respondieron.

— ¿Está ahí el jefe superior de policía? Cambio.

—Torre de control al habla, le paso al jefe superior de policía. —Hubo una ligera pausa y otra voz dijo—: Le escucho, señor Savage.

—Los millones que quieren sacar del país van metidos en las ruedas del «Caravelle» que está en la pista, a punto de despegar. He visto con mis propios ojos cómo los metían en un almacén cuya ubicación va les indicaré en su momento. En su mano está impedir que los millones despeguen de Solimar.

—Gracias por el aviso, señor Savage. El resto corre de nuestra cuenta, márchese de la pista, cambio y fuera.

—Vámonos, ahora le toca a la justicia resolver esta situación —dijo Savage a sus compañeros, suponiendo que el jefe de policía se pondría en contacto con la cabina del

«Caravelle» a través de la torre de control.

El «Daymio» rodó hacia la terminal donde les aguardaba Capucine.

El reactor continuaba en la pista. Había cerrado la portezuela posterior y tenía los motores en marcha, unos motores que silbaban con fuerza.

— ¿Qué sucederá ahora? —preguntó Celaya ansioso, mirando al aparato cuyas luces parpadeaban en la pista.

—Supongo que la policía se hará cargo del aparato. No tiene escapatoria —opinó Savage.

Se encendieron más focos que iluminaron de lleno el fuselaje del «Caravelle» mientras sonaban sirenas de alarma.

En vez de entregarse, los del reactor pusieron los motores a la máxima potencia, rodando hacia el final de la pista para despegar en el mínimo espacio posible. Savage supuso que el jefe de policía les estaría conminando para que se detuvieran, mas los fugitivos no querían obedecer sus órdenes.

— ¡Fijaos, despega! —exclamó Celaya.

El avión alzó el morro de proa. Se separó del suelo y se elevó unos metros.

De súbito, al final de la pista, estalló horrísonamente, quedando envuelto en una gran bola de fuego que se precipitó contra el asfalto.

Los bomberos salieron haciendo ulular sus sirenas, mas iba a ser totalmente imposible apagar nada El fuego envolvía al reactor destrozado, incluyendo las ruedas que reventaron y ardieron con suma rapidez, consumiéndose todo lo que en ellas se ocultaba. La bomba de Zarpuña no había sido desconectada a tiempo.

— ¡Dios mío, qué horror! —exclamó Capucine, abrazándose a Savage por la cintura.

—No creo que podamos hacer un buen reportaje de esto —opinó Juanito Chancleta—

. No llevo las máquinas de filmar encima.

—No, no haremos ningún reportaje de la fuga de capital de Solimar; pero ahora que los billetes se han quemado, ya no hay fuga, es como si esos millones hubieran ingresado de golpe en las arcas del tesoro del Estado. El país ha recuperado lo que le habían expoliado.

Mientras los bomberos lanzaban ingentes cantidades de espuma en tomo a la gran bola de fuego que era el «Caravelle», explosionado e incendiado sin posibilidad de salvar nada, Capucine preguntó:

— ¿Y ahora qué?

—Ahora está Celaya; de él, sobre el Judo, sí haremos un magnífico reportaje. Hay que promocionar el Judo en este país, hace falta gente sana de cuerpo y de espíritu.

Ricky, Juanito Chancleta y Celaya partieron en el «Daymio».

Por su parte, Capucine y Savage contrataron un taxi para que les llevara al *bungalow* de la playa.

Un sol rojo emergía ya al otro lado del mar y el agua seguía batiendo incansablemente la arena, como hacía millones de años. La vida seguía.

F I N



para ti, mujer...

para conmover hasta lo más profundo de tu corazón

llega

¡LORENA

El singular destino de una bellísima huérfana A QUIEN TODOS QUERÍAN CONVERTIR EN UNA MALA MUJER.

¡EL PRIMER SERIAL RADIOFÓNICO DE

Corin Tellado

LA AUTORA MÁS LEÍDA DEL MUNDO que retransmitirán diariamente LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES.

editorial bruguera, s.a.,

se suma a este acontecimiento sin preceden-tes, ofreciéndote ahora, en rigurosa exclusi-va, la historia de LORENA en

FASCICULOS SEMANALES

¡Con fotogramas de sus intérpretes!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS

Notas

[←1]

Solimar es una nación imaginaria latinoamericana, cuya industria nacional está basada en el turismo. (Nota del Autor.)

[←2]

Guía o camino hacia la perfección.